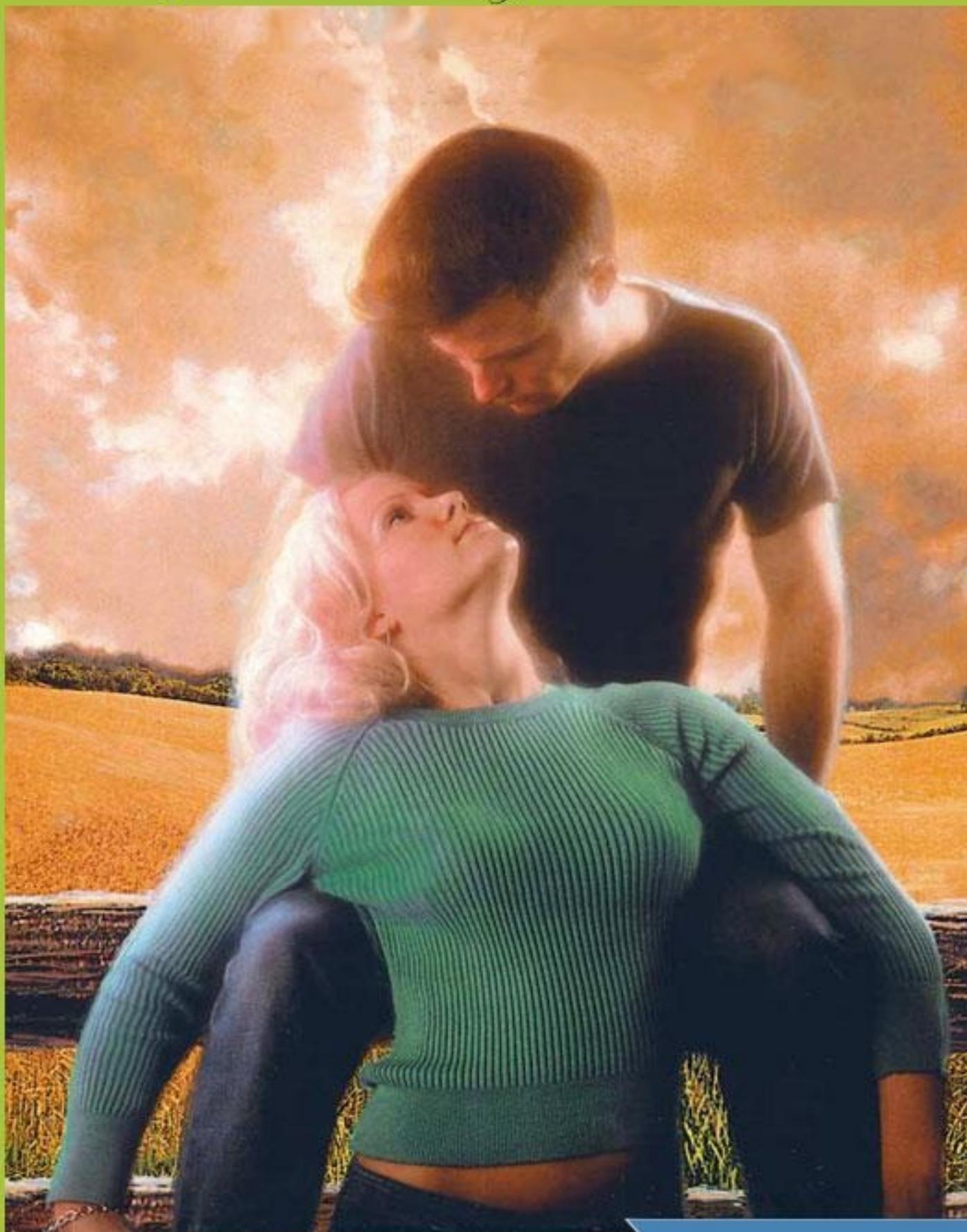


se

*Lo que toda mujer debe saber*



CARA COLT **Lectulandia**

Lo que tiene que hacer un hombre...

J. D. Turner no podía permitir que Tally eligiera un compañero sin antes saber todo lo que podía haber entre un hombre y una mujer. Sobre todo si aquella belleza iba a criar a su pequeño. Por eso había decidido enseñarle personalmente lo que era el verdadero amor.

Tally Smith tenía un plan para encontrar al hombre perfecto, casarse y formar la familia ideal para el pequeño Jed... Al menos hasta que J. D. la secuestró con la excusa de enseñarle lo que realmente necesitaban el niño y ella. Bueno, pues Tally también podía decírselo: ¡el niño y ella lo necesitaban a él!

**Lectulandia**

Cara Colter

# **Lo que toda mujer debe saber**

\*

ePub r1.0

Piolin 01.07.2017

Título original: *What A Woman Should Know*  
Cara Colter, 2003

Editor digital: Piolin  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Capítulo 1

A John David Turner le gustaba cantar. Cuanto más alto, mejor. Le gustaba cantar hasta que vibraran las paredes. Cantaba cuando estaba contento y aquel había sido un buen día a pesar de que se había hecho daño en el hombro arreglando el motor del Mustang del 72 de Clyde Walters.

Por supuesto, sólo había un lugar en el mundo en el que un hombre con semejante voz, áspera y fuerte, pudiera cantar: la ducha.

Mientras el agua caliente le aliviaba los músculos doloridos, se deleitó a sí mismo con una preciosa canción.

—Annabel era una vaca de una belleza inusual Subió en la última nota hasta emitir un aullido parecido al de los coyotes, que a veces en verano, le contestaban.

Se calló para ver si, dado que estaba en verano, sucedía.

Tenía todas las ventanas de la casa abiertas para que la brisa de la noche le refrescara, pues aquel día había hecho calor.

Vivía y tenía el taller de coches a la salida de Dancer, en Dakota del Norte, para que cuando le apeteciera cantar solo los coyotes lo oyeran.

En ese momento, llamaron a la puerta.

Frunció el ceño y consideró no abrir. Nadie sabía que cantaba. Bueno, sólo una persona hacía mucho tiempo lo había oído y eso había sido porque había cometido la locura de cantar una canción de amor.

«No pienses en eso», se dijo.

Volvieron a llamar.

J. D. cerró el grifo y se secó. ¿Cómo se atrevían a fastidiarle la velada?

¿Por qué se había enfadado tanto? ¿Por la canción de amor, por la interrupción o por otra cosa? No lo sabía, pero estaba enfadado. Muy enfadado.

¿Quién sería? Probablemente, su amigo Stan, el otro soltero de la ciudad, único miembro junto a él del *Club Del No Insistas, No Me Pienso Casar*, conocido por sus iniciales *CDNINMPC*. A veces, se pasaba a verlo por las noches con un par de cervezas.

Como fuera él, al día siguiente todo Dancer iba a saber que J. D. cantaba en la ducha canciones sobre vacas. J. D. tuvo la sensación de que iba a estar años escuchando chistes sobre vacas.

Animado al pensar que quizá su amigo no dijera nada si consiguiera entretenerlo contándole sus avances con el Mustang, salió de la habitación y avanzó hacia el vestíbulo.

Al llegar, se paró en seco. La silueta femenina que estaba dada la vuelta no era Stan, desde luego.

Se había alejado de la puerta y estaba mirando hacia la ciudad. Obviamente, tenía frío. Llevaba una falda que en otra persona podría haber sido seria, de trabajo, pero en ella, no. En ella, la falda se aferraba de forma sensual a sus caderas y a sus nalgas

y dejaba al descubierto sus largas y preciosas piernas.

¡Oh, sí! Aun de espaldas, la reconocía.

Los últimos rayos del atardecer arrancaban reflejos a su pelo rubio, que llevaba recogido en un moño del que se habían escapado algunos mechones.

A J. D. se le secó la boca y se recordó tiempo atrás cantando cierta canción de amor

Se recordó que ya no era el mismo y anudándose la toalla a la cintura, avanzó furibundo en dirección a la puerta.

Cinco años. Sin adiós. Sin carta. Sin llamada de teléfono. Sin explicaciones. ¿Y ahora aparecía de nuevo en su vida?

Elana Smith ya lo había cautivado una vez y no tenía intención de dejar que volviera a ocurrir, así que lo que iba a hacer era cerrar la puerta con llave.

Pero a medida que se fue acercando a ella, su furia se disipó y para su sorpresa, no sólo abrió la puerta sino que tomó a Elana del hombro, la giró y la besó.

No fue un beso de saludo.

No, fue un beso de castigo. Un beso salvaje con connotaciones de traición y de cinco años preguntándose por qué. Fue el beso de un hombre que había quedado maltrecho en el campo de batalla del amor, pero que había sobrevivido y se había vuelto más fuerte, duro y frío que nunca.

Elana intentó zafarse de sus garras y J. D. se alegró de ser mucho más fuerte que ella. Tras un leve forcejeo, Elana se rindió y lo besó.

En ese momento, cuando él bajó la guardia, aprovechó para soltarse y golpearlo con el bolso en la cabeza. ¡Debía de llevar un ladrillo dentro! J. D. se apartó y la miró con el ceño fruncido.

—¿Cómo te atreves? —le espetó.

J. D. se fijó en su rostro. ¡Oh, sí, era ella! Aquel rostro femenino ligeramente exótico. Recordaba perfectamente sus rasgos, aquellos increíbles pómulos, aquella nariz recta, aquella barbilla altiva.

Sin embargo, el tono que había empleado para dirigirse a él no era el suyo. No, aquella mujer no era Elana.

Se fijó en sus ojos. Elana los tenía azules y aquella mujer los tenía color violeta. Claro, que podían ser lentillas

La miró detenidamente. Parecía realmente enfadada. Aquellos labios No, Elana tenía labios carnosos y aquellos eran finos.

J. D. maldijo. Acaba de besar a una desconocida que tenía la desgracia de parecerse a la mujer a la que una vez le cantó una canción de amor.

Era obvio que no le gustaba que sólo llevara una toalla a la cintura.

—Me ha estropeado la blusa —se quejó—. Y es de seda —añadió.

—Sí, me lo imaginaba.

La mujer lo miró como si estuviera convencida de que no tenía ni idea de telas y J. D. decidió dejarle claro que no era así.

—Sé que es seda porque se transparenta cuando está mojada.

La mujer lo miró con los ojos muy abiertos, se sonrojó y se cruzó de brazos.

—Demasiado tarde —dijo J. D.—. Ya lo he visto. Encaje.

—¡Oh! —exclamó la joven, indignada.

—No me vuelva a pegar a con el bolso, ¿eh?

—¡Pues deje de mirarme así!

—¿Así cómo?

—Como como un lagarto.

J. D. Turner, consumado soltero que se preciaba de que todavía algunas mujeres se giraban por la calle a mirarlo, no daba crédito a sus oídos.

¿Un lagarto? Le entraron ganas de volver a besarla.

La miró atentamente.

Llevaba la blusa abrochaba hasta el cuello. Obviamente, no era Elana.

—¿En qué la puedo ayudar? —le preguntó cortante.

Aunque no fuera ella, estaba claro que tenía que ser un pariente. Tal vez, su hermana pequeña. En cualquier caso, nada que tuviera que ver con Elana podía ser bueno.

La joven se limpió los labios como si tuviera gérmenes y miró a su alrededor preocupada. J. D. entendió inmediatamente lo que se le estaba pasando por la mente.

Estaba en el porche de un desconocido que sólo llevaba una toalla a la cintura, que la acababa de besar y el vecino más cercano no la iba a oír por mucho que gritara.

En otras circunstancias, habría intentado tranquilizarla, pero todo lo que tenía que ver con Elana significaba peligro. Había habido algo en el beso que le había indicado que había sido peligroso.

Aquella mujer de cara angelical era peligrosa aunque no lo pareciera.

Era más delgada que Elana, que tenía más curvas y a la que le gustaba enseñarlas. Elana era más sensual y solía vestir con minifaldas y cuero. Aquella joven llevaba un traje de chaqueta y parecía una institutriz.

¿Mary Poppins?

—¿En qué la puedo ayudar? —repitió con frialdad.

—En nada —contestó ella—. Ha sido un error —añadió, girándose para irse.

J. D. no sabía si se sentía aliviado o apesadumbrado porque se fuera ir sin decirle quién era. Justo cuando le iba a decir que esperara, ella se tropezó en el segundo escalón y cayó al suelo.

J. D. oyó su cabeza chocar contra el cemento y se apresuró a correr en su ayuda.

—¡No me toque! —gritó la joven, medio desmayada.

Se había hecho un corte en la frente que estaba sangrando e hinchándose por momentos.

—¡No me toque! —repitió.

J. D. la tomó en brazos sin dudarle. Pesaba tan poco que su hombro ni se resintió.

—Bájeme —le dijo cerrando los ojos.

J. D. no le hizo caso e intentó no pensar en que se le estaba resbalando la toalla por las caderas. Entró por la puerta de la cocina y la dejó en una silla. La joven se intentó poner en pie.

—Siéntese —le ordenó poniéndose bien la toalla.

Ella lo miró desafiante, dio un paso hacia la puerta y se tuvo que volver a sentar a regañadientes. J. D. se dio cuenta de que estaba mirando la cocina con ojos horrorizados. Los platos de los últimos tres o cuatro días estaban en el fregadero y el motor del Mustang estaba sobre la encimera.

Beauford, su perro, eligió aquel momento para salir de debajo de la mesa y ponerle la cabeza en el regazo. La miró con sus ojos tristes de basset y se puso a babear.

La joven lo apartó con asco.

—Animal asqueroso —dijo mirando las babas que le había dejado en la falda.

J. D. sabía que a Beauford le olía mal el aliento y que babeaba, pero no era un «*animal asqueroso*». Aquello no lo iba a tolerar. En cuanto se hubiera cerciorado de que la señorita remilgada estaba bien, fuera.

—¿Cuántos dedos hay aquí? —le preguntó.

—Tres —contestó ella.

—¿Qué día es hoy?

—Veintiocho de junio.

—¿Cuándo es su cumpleaños?

—¿Y cómo va a saber usted si lo digo bien o mal?

Tenía razón, lo que demostraba que tenía el cerebro bien. Había llegado el momento de echarla.

Lo malo era que parecía de esas personas que lo denuncian a uno si luego les pasa algo, así que J. D. fue hacia el congelador y sacó una bolsa de guisantes.

Se acercó y se lo puso en la frente. La joven volvió a intentar levantarse.

—Tranquila, no le voy a hacer nada.

—Entonces, ¿por qué ha hecho lo que ha hecho?

—¿Qué he hecho?

—¡Besarme!

—¡Ah, eso! —dijo J. D. encogiéndose de hombros, como si ya no se acordara, cuando en realidad todavía tenía el sabor de sus labios en la boca—. La confundí con otra persona.

La joven lo miró como si ahora entendiera todo.

—Usted es Jed Turner, ¿verdad?

J. D. sintió una punzada en el estómago. Sólo Elana lo llamaba así.

—John —la corrigió—. O J. D. o J. D. Turner.

—Tally Smith. Creo que conocía usted a mi hermana mayor, Elana —se presentó intentando disimular que estaba temblando como una hoja.

J. D. esperó sin decir nada. Se limitó a sujetarle la bolsa de guisantes en la cabeza.

No pensaba ponérselo fácil.

—Sí, la conocí —contestó con frialdad como si no hubiera sido él quien le cantara una canción de amor.

La joven lo miró, tomó aire y se lanzó.

—Ha muerto.

Dos palabras. J. D. las asimiló con lentitud y se dio cuenta de que para él, Elana había muerto hacía mucho tiempo.

No sabía qué decir. Menos mal que sonó el teléfono. Tomó la mano de Tally Smith, que era pequeña, suave y cálida y se la puso sobre la bolsa.

—¿Señora Saddlechild? Sí, está listo. Diez dólares. Se lo llevaré mañana. De nada —dijo colgando.

Ojalá hubiera sido una llamada más larga. La miró. Tally Smith, la hermana pequeña de Elana. Parecía tener unos veinticinco años. Elana era de su edad, así que de haber vivido tendría ahora treinta.

Se había levantado y estaba yendo hacia la puerta con la bolsa de guisantes en la cabeza.

—¿Cuándo ha muerto? —le preguntó.

Tally lo miró con tristeza.

—Hace casi un año.

—¿Y por qué ha venido a decírmelo? ¿Por qué ahora?

—No lo sé.

—¿Es usted de Saskatchewan? —le preguntó, refiriéndose a la población situada al otro lado de la frontera canadiense donde sabía que había nacido Elana.

Tally asintió.

—Ha recorrido una larga distancia para venir a verme.

Le podría haber explicado que había conocido a su hermana brevemente y que no la había vuelto a ver, pero no creyó que la desconocida estuviera interesada en sus asuntos del corazón.

La miró y J. D. se dio cuenta de que sí sabía por qué había ido a verlo, pero no se lo quería decir.

—Sí —musitó intentando fingir fuerza.

En ese momento, Beauford fue hacia ella como si fuera su mejor amiga y Tally lo miró con desprecio. Al instante, la pena que J. D. había empezado a sentir por ella se evaporó. ¿Qué tipo de persona había que ser para que no le gustara aquel perrillo de ojos tristes y rabo siempre en movimiento? Una mala persona, desde luego.

La acompañó hasta la puerta y la vio bajar las escaleras sin problemas.

—Debería haberme llamado por teléfono —le dijo, anotando mentalmente la matrícula de su coche.

No era normal que alguien recorriera todos aquellos kilómetros para darle una mala noticia sin razón. Cinco años atrás, se había enamorado de una Smith y no quería tener a otra cerca. Daba igual que no tuviera nada que ver con Elana, en su

forma de ser. J. D. no estaba dispuesto a darle lo que había ido a buscar, fuera lo que fuese.

Tally se paró, se dio la vuelta y lo miró. J. D. se dio cuenta de que quería decirle algo. No quería oírlo.

—Hasta luego —se despidió. Ella entendió la indirecta, pero en lugar de parecer enfadada parecía aliviada. ¿Aliviada por que se comportara como un maleducado? J. D. frunció el ceño.

Tally avanzó hacia el coche con la cabeza bien alta. No se parecía a Elana, pero andaba con gracia y sensualidad. J. D. se mojó los labios.

Tally se sentó en el coche y se quedó allí un momento. Lo miró, J. D. la miró, Tally bajó la mirada, puso el coche en marcha y se fue.

J. D. se quedó en el porche con los brazos cruzados rezando para no volver a verla, pero tenía la desagradable sensación de que no iba a ser así. Volvió a meterse en la ducha, pero ya no cantó. La vaca Annabel había dejado de interesarle.

—Debería estar aliviada —se dijo Tally Smith mientras conducía hacia Dancer—. No es el hombre apropiado para el trabajo. ¡Ni de lejos, vamos!

A pesar de su determinación, se sintió mareada y supo que no era por el golpe de la cabeza. Era la pasión y la fuerza del beso que le había dado.

—Ajj —dijo para intentar convencerse.

Sentir la boca de J. D. Turner sobre sus labios había sido maravilloso. Si no hubiera recuperado el sentido común y lo hubiera golpeado con el bolso, no sabía qué habría pasado.

Tenía la sensación de que su lado salvaje habría ganado y lo habría besado con la misma pasión.

—Ajj —repitió con todavía menos convicción.

Recordó sus brazos de acero manteniéndola sujeta contra su pecho fuerte y musculoso.

—No es el nombre apropiado —se volvió a decir—. Para empezar, abre la puerta con una toalla en la cintura —enumeró.

¿De verdad no le había gustado? Con un estremecimiento, recordó su pelo ondulado y mojado, sus ojos y su boca. Estaba bronceado, tenía unos hombros enormes, un pecho cincelado, los abdominales marcados y las piernas musculosas. En otras palabras, era amedrentador, masculino e increíble.

La vieja fotografía que había encontrado entre las pertenencias de su hermana no le hacía justicia en absoluto.

Aparecía guapo, sí, pero su vitalidad, su esencia, no estaba en la imagen. Cuando lo había oído cantar a través de las ventanas abiertas de la casa, había pensado que había encontrado al hombre de la fotografía.

Pero nada que ver. No tenía mirada de niño y sonrisa picaruela.

Tally se estremeció al recordar el agua resbalándole por el pecho. Ahora entendía

por qué se había tropezado y se había abierto la cabeza.

También entendía que Elana se hubiera enamorado locamente de él.

—No —se dijo no queriendo pensar en ello—. No es el hombre apropiado. Además de abrir la puerta con una toalla, tenía la cocina hecha un desastre y un perro sucio y maloliente. ¡Es un hombre maleducado, sucio y asqueroso! No es el hombre apropiado. No, no y no.

Tally tomó aire e intentó olvidarse de sus labios.

Al entrar en la ciudad, se dirigió al motel. A pesar de que Dancer era como un oasis verde en mitad de la planicie, ¿cómo podían haberle puesto aquel nombre?

—Le hubiera quedado mejor algo como «*Sleeper*» —musitó.

La ciudad estaba desierta. El único habitante que se interesó por ella fue un perro viejo que ladró a su paso. Seguro que también olía mal.

El motel, para más inri, se llamaba *Palmtree Court* a pesar de que no había una palmera por allí y jamás la debía de haber habido.

El motel consistía en unos cuantos bungalows de mala calidad, pero el único alojamiento disponible en Dancer. Lo cierto era que a pesar de su aspecto modesto por fuera, por dentro los bungalows eran acogedores. De hecho, la colcha que había sobre la cama estaba hecha a mano.

Tally se tumbó en la cama y se dio cuenta de que tenía la bolsa de guisantes de J. D., así que se la puso en la frente.

—Tendría que llamar a Herbert —dijo sin descolgar el teléfono.

Herbert Henley era al fin y al cabo, el candidato número uno. En su cumpleaños, tres meses atrás, le había metido un anillo de diamantes en la tarta, pero eso había sido antes de encontrar la fotografía de J. D.

Herbert tenía una ferretería, nunca abría la puerta con una toalla en la cintura, tenía una casa limpia y bonita en uno de los mejores barrios de Saskatchewan y siempre llevaba chaqueta y corbata.

Él jamás habría dejado piezas de un motor sobre la encimera de la cocina, sobre todo porque estaba muy orgulloso de sus electrodomésticos de acero inoxidable. Al igual que a ella, los perros no le gustaban, pero tenía una preciosa gata persa llamada Bitsy-Mitsy.

Nada que ver con la casa de J. D., que estaba comida por las lilas y que necesitaba una buena mano de pintura. Además, el césped estaba sin cortar y había piezas de coches aquí y allá.

Y para colmo, abría la puerta medio desnudo y besaba a una desconocida.

—Claro, que no lleva alianza —se dijo. ¿Eso quería decir que lo seguía considerando candidato? ¿Cómo podía estar tan loca? Nunca había hecho locuras y ahora no era el mejor momento para empezar, pues tenía entre manos un asunto de vital importancia.

—Es lo más importante que he hecho en mi vida —se recordó.

Para ser justa, lo cierto era que no debía tachar a J. D. Turner de la lista, porque lo

había pillado en un mal momento.

Sí, era cierto que la había besado, pero sólo porque la había confundido con su hermana. Y sí, había abierto medio desnudo, pero habría sido porque había creído que era un amigo. Desde luego, Dancer no tenía pinta de ser un sitio donde aparecieran continuamente personas desconocidas llamando a la puerta de tu casa.

Tenía piezas de motor sobre la encimera, pero eso se podía corregir. En cuanto al perro pestilente, era bueno y cariñoso, no como Bitsy-Mitsy.

Había hecho muchos kilómetros y no debía dejar que las emociones le nublaran el cerebro. Aquel hombre era el padre biológico de su sobrino y su misión en la vida era encontrar un padre para Jed.

Nada más ver la fotografía de J. D. Turner, había sabido que era el padre del hijo de Elana. Desde la muerte de su hermana, Tally tenía la patria potestad del niño.

Su vida había cambiado y ahora lo único que le importaba era educarlo bien y hacer lo mejor para él. Para su sorpresa, pronto se había dado cuenta de que lo mejor para un niño era crecer en una familia con padre y madre.

Por eso, estaba buscando desesperadamente un buen padre para Jed. El plan era sencillo. Había que encontrarlo, casarse con él y formar una familia perfecta. Se alegró de que los sentimientos no le estuvieran nublando la razón.

Ya había visto de lo que servía eso. Por ejemplo, de lo que le había servido a su hermana.

Herbert Henley sólido, práctico, estable Sí, él era el apropiado.

Pero J. D. tenía derecho a una oportunidad. Al fin y al cabo, aunque él no lo supiera, era su hijo.

¿No decían que las primeras impresiones engañaban? Tenía que tener cuidado con las decisiones que tomara, porque la vida de su sobrino estaba en juego.

Debía ser fría y calculadora y basarse en hechos, no en corazonadas. Por eso, decidió que a pesar de su reacción inicial en contra de él, debía entrevistarse con los amigos y vecinos de J. D. Turner.

Rezó para que le dijeran que era un borracho con tres ex mujeres y antecedentes policiales. Así podría volver a Canadá y casarse con Herbert con la conciencia tranquila.

De repente, deseó no haber encontrado la fotografía.

## Capítulo 2

J. D. estaba tumbado boca arriba bajo un coche. A pesar de que le dolía el hombro, hizo un esfuerzo y consiguió sacar la pieza. En ese momento, sonó el teléfono y se dio con la cabeza en el carburador.

Desde luego, no estaba teniendo un buen día. Salió de debajo del coche y miró la hora. Llevaba cinco minutos con él.

—¿Sí? —contestó secamente.

—Soy Stan.

«¿Dónde estabas anoche cuando te necesité?», *se preguntó.*

—¿Qué quieres? —le espetó.

—Eh, ¿qué te pasa?

—No tengo un buen día.

—¡Pero si son sólo las ocho y cinco!

—Ya lo sé.

—Bueno, a ver si esto te alegra. Hoy he ido al Chalet a desayunar y he visto a una mujer muy mona, de esas que parecen bibliotecarias, de las que te gustaría quitarle las horquillas del pelo

—¿Y? —lo interrumpió J. D.

Se había pasado la noche en vela y no quería que la conversación fuera por aquellos derroteros, porque sabía las consecuencias que tendría sobre su cuerpo.

Horquillas en el pelo, sujetador de encaje y blusa mojada, ojos violetas. Esos pensamientos le habían hecho golpearse la cabeza contra el carburador.

—¿Y adivinas sobre quién estaba preguntando?

—¿Sobre Fred Basil? —aventuró J. D.

Fred era otro soltero, pero tenía sesenta y dos años. Había declinado educadamente su invitación para unirse al CDNINMPC porque él sí quería casarse.

—No, vuelve a intentarlo, amigo —dijo Stan.

J. D. sintió que el corazón comenzaba a latirle con fuerza. Rezó para que fuera consecuencia del golpe, pero sabía que no era así.

Llevaba una vida tranquila y sencilla, sin intrigas ni misterios y no le interesaban los cotilleos. Tendría que haber colgado, pero no lo hizo. Podría haberle echado la culpa al carburador, pero sospechaba que tenía más que ver con ciertas horquillas, ciertos encajes y ciertos ojos.

—Te voy a dar una pista —insistió Stan—. Me parece que vas a tener que plantearte tu pertenencia al CDNINMPC.

J. D. dijo tres palabras seguidas que hubieran hecho enrojecer a un descargador de muelles.

—¿Qué diablos está preguntando?

Cinco minutos después, colgó el teléfono y sintió que le hervía la sangre. Tally Smith se había pasado.

No había sido suficiente con que lo hubiera pillado cantando en la ducha. No, ahora tenía que ir por la ciudad dando lugar a cotilleos. Lo estaba avergonzando. Estaba invadiendo su intimidad. Ya bastaba. No le dejaba otra opción.

Lo mejor habría sido ignorarla y lo peor ir a buscarla y decirle, en plan sheriff del lejano Oeste, que aquella era su ciudad y no había sitio para los dos. Por supuesto, como estaba furibundo, eligió la peor opción.

¿Cómo se atrevía a ir por ahí haciendo preguntas sobre él a sus vecinos y amigos?

El Nissan no estaba en el Palmtree Court ni en el Chalet. Se sintió aliviado al pensar que tal vez, se hubiera ido, pero sabía que no iba a poder dormir hasta que no estuviera seguro de ello.

Aun así, pensó que la idea de quitarle las horquillas del pelo lo iba a torturar un tiempo. Se puso a patrullar por Dancer y allí estaba su coche. Enfrente de la casa de la señora Saddlechild. ¡Qué coincidencia, ¿eh?! La muy espía, había oído su nombre la noche anterior.

J. D. se bajó de la furgoneta y llamó a la puerta. La señora Saddlechild estaba tan vieja como la cortadora de césped que le había arreglado. Llevaba un vestido de flores, se había teñido el pelo de azul y tenía las gafas en la punta de la nariz.

—Déjala en el cobertizo, J. D., gracias —le dijo cerrándole la puerta en las narices.

¡La señora Saddlechild se creía que le había llevado la cortadora!

J. D. frunció el ceño. Podía sentarse a esperar en la furgoneta a que saliera Tally Smith, podía pincharle todas las ruedas para que no se pudiera escapar sin contestar a unas cuantas preguntas.

No, no lo iba a hacer porque no quería entrar en su estúpido juego.

Lo malo era que la señora Saddlechild lo había visto desnudo. A su edad y queriendo hacer la gracia, tal vez olvidara puntualizar que había sido cuando él contaba tres años de edad.

J. D. miró por los cristales de la puerta. La casa estaba oscura a pesar de que fuera brillaba el sol. Cuando sus ojos se acostumbraron, vio una inmensa fuente de galletas sobre la mesa de la cocina.

La señora Saddlechild siempre le hacía galletas cuando le iba a llevar la cortadora. Una mano delgada y delicada tomó una galleta.

¡Tally Smith se estaba comiendo sus galletas y hablando con una mujer que lo conocía desde que era pequeño, una mujer que tenía información vergonzosa y privada sobre él!

¿Qué demonios quería Tally Smith? Volvió a llamar a la puerta.

—¿Tú otra vez? —dijo la señora Saddlechild.

—Eso parece.

—¡Ah, el dinero!

Sí, claro, como que iba a esperar por diez dólares.

—Esto no tiene nada que ver con la cortadora —le aclaró impaciente—. Quiero hablar con su invitada.

La señora Saddlechild lo miró preocupada, cerró la puerta y tardó un rato en volver.

—Ahora no es el momento —le dijo.

—¡Claro que lo es, maldita sea! —rugió J. D.—. Dígale que

—¡J. D. Turner! —lo interrumpió la señora Saddlechild—. Me ha dicho que te habías comportado con ella de forma grosera y no me lo he creído y ahora resulta que te presentas en mi casa hablando así.

J. D. comprendió que estaba quedando mal y que iba a tener que pasarse un año arreglando gratis las cortadoras de césped de todos los vecinos de Dancer para que lo volvieran a mirar bien.

Aquella mujer le estaba fastidiando la vida.

—Dígale, por favor, que la estoy esperando —corrigió.

La señora Saddlechild cerró la puerta de nuevo.

—¿Sí? —dijo Tally saliendo al porche.

J. D. no se sintió en absoluto aliviado cuando vio que llevaba el pelo recogido con horquillas, una camisa blanca y unos pantalones cortos azules. Parecía que fuera a jugar al golf o una enfermera en su día libre.

Quien no supiera que debajo de aquella indumentaria había un sujetador de encaje, se habría tragado el anzuelo.

—No se ponga en plan inocente —le espetó mirándola a los ojos.

—Leona ha dicho que como no te comportas con educación, va a llamar a la policía.

«*Leona. Perfecto*», pensó J. D. mientras le parecía ver un brillo especial en los ojos de Tally Smith. ¿Aquello la divertía?

—¿Se puede saber qué demonios está haciendo? —le preguntó en voz baja y sonriendo porque sabía que la señora Saddlechild estaba espionando detrás de la cortina.

—Estoy tomando el té —contestó Tally—. Y galletas de jengibre.

J. D. sintió deseos de zarandearla hasta que se le hubieran caído todas las horquillas o de volver a besarla. Intentó recordar cuándo había sido la última vez que se había sentido tan excitado, pero no pudo.

—¿Por qué está haciendo esto? ¿Por qué va por ahí preguntando cosas sobre mí? ¿Por qué se ha empeñado en crearme problemas?

Tally lo miró sintiéndose culpable como un niño al que acaban de pillar con la mano en la lata de las galletas.

—No creo que hacer una serie de preguntas inocentes le cree problemas —contestó con dignidad.

—¿De verdad? Le voy a decir una cosa. Cuando una desconocida aparece en Dancer y se pone a pregunta si J. D. Turner paga sus facturas, al día siguiente todo el mundo piensa que me he gastado mis ahorros en Las Vegas.

La vio poner cara de circunstancias, así que continuó.

—Y si pregunta si tengo ex mujer y dos críos, la gente empieza a pensar si no tendré una mujer o dos por ahí escondidas.

—Está exagerando —dijo Tally sintiéndose muy culpable.

—¿Y J. D. Turner se emborracha? Ahora no voy a poder ni tomarme una cerveza tranquilo —añadió J. D. disfrutando de su expresión de culpabilidad—. Y no nos vamos a olvidar de la pregunta final, claro. ¿Le gustan a J. D. Turner los niños? ¡Eso y que la haya seguido hasta aquí va a hacer que el Dancer Daily News publique que nos vamos a casar!

J. D. se dio cuenta de que allí pasaba algo raro. Tally estaba mirando al suelo y se le movían los hombros.

—¿Se está riendo?

Tally levantó la cara y negó con la cabeza, pero no era cierto.

—No le veo la gracia por ninguna parte —dijo J. D.

Menos mal que Tally dejó de sonreír, porque de lo contrario, bien podría haber olvidado que aquella mujer era una amenaza y que debía echarla de la ciudad.

Tally echó los hombros hacia atrás.

—No creo que le importe a usted lo que la gente diga.

—El hecho de ir por ahí preguntando por mí no le da derecho a creer que me conoce —le advirtió J. D.

—Si le sirve de consuelo, nadie me ha contado nada malo sobre usted —dijo Tally con cierto fastidio—. Parece que es usted un hombre muy respetado.

—Tal y como lo dice, cualquier diría que he conseguido engañar a todos.

—Sí, todos los que no lo han visto con una toalla a la cintura han sido engañados. Además, como miembro del CDNINMPC, me extraña que vaya por ahí besando a mujeres que no conoce.

—Besarse a una mujer no quiere decir que te vayas a casar con ella, a no ser que lea usted cierto tipo de novelas. Sí, pensándolo bien, tiene usted pinta de leerlas —se burló viéndola enrojecer de furia—. No me ha contestado. ¿Por qué va por ahí preguntando sobre mí?

Tally se volvió a mirar la punta de las zapatillas. J. D. también lo hizo. Estaban realmente blancas. ¿Es que no tenía nada mejor que hacer que sacarles brillo? ¿No tenía un novio que la persiguiera para quitarle las horquillas?

—¿Se le ha comido la lengua el gato? —le preguntó—. Estoy esperando una respuesta.

—Está bien. Mi hermana le dejó una pequeña herencia y quería ver si se la merecía. Se la enviaré por correo.

J. D. observó muy atento cómo se le ponía roja la punta de la nariz, las orejas y el cuello. Estaba claro que jamás había mentido antes.

—Le doy otra oportunidad —dijo cruzándose de brazos.

Tally tomó aire y se puso a mirar a su alrededor. Se tocó el primer botón de la

camisa para asegurarse de que estaba bien abrochado.

—Encontré una fotografía suya entre las cosas de mi hermana —confesó incómoda.

—¿Y?

—Y me picó la curiosidad. Quería saber más —dijo poniéndose como un tomate.

—No intente apelar a mi ego masculino —le advirtió J. D.—. No le va a funcionar. ¿Pretende que me crea que ha hecho todos estos kilómetros porque me vio en una fotografía y me encontró increíblemente irresistible? ¿Una mujer que puede tener al hombre que quiera con sólo chasquear los dedos?

—No estaba intentando apelar a su ego masculino —dijo Tally indignada—. Y por supuesto que tengo un hombre esperándome en casa. Para que lo sepa, me voy a casar con él, de hecho.

J. D. pensó que lo había dicho con tanto entusiasmo como si fuera una doncella de la época victoriana a la que hubieran obligado a contraer matrimonio contra su voluntad.

Seguro que no le quitaba las horquillas del pelo. No era que J. D. Turner quisiera detalles de su vida amorosa, pero su tono le había hecho sentir ganas de besarla de nuevo.

—Quiero saber la verdad. Sé que tanto para usted como para su hermana es un concepto difícil, pero es lo que quiero.

—Por favor, no hable mal de mi hermana. —El dolor que percibió en su voz lo enterneció—. Elana estaba enferma.

—Sí, me dijo que había muerto, así que supuse que había estado enferma antes.

—No, murió en un accidente de coche. Me refiero a que estuvo enferma toda su vida. Tenía un desorden mental.

—¿Elana?

—A veces, hacía daño a las personas que la querían. No lo hacía adrede.

—¿Elana? —repitió J. D.

Tally asintió.

—Supongo que la conocería en una buena fase. ¿Mucha energía? ¿Entusiasmo desmedido? ¿Amor por la vida?

J. D. la miró con la boca abierta.

—Cuando estaba así, todo el mundo la quería.

—Yo no he dicho que la quisiera.

—Yo creo que sí la quería —dijo Tally.

—¿Qué ridículo! ¿Por qué dice eso? —protestó J. D.

—Por la fotografía y por cómo me besó creyendo que era ella.

J. D. se dio cuenta de que tras recibir la llamada de Stan, tendría que haberse ido un par de semanas a pescar. Hubiera sido mucho más inteligente por su parte.

—Sigue sin contestar a mi pregunta. ¿Qué hace Tally Smith en Dancer?

—Intentar averiguar más cosas sobre el hombre al que mi hermana quería.

—No me quería.

—Yo creo que sí. Probablemente, por eso se fue. Sintió que empezaba a entrar en una mala fase y como lo quería mucho, no quiso que la viera así.

J. D. la miró atentamente y vio que tenía los ojos llenos de lágrimas. No debía de ser él la única persona a la que Elana Smith había hecho daño. Tally le acababa de decir que todo el mundo la quería cuando estaba bien. Tuvo la corazonada de que casi nadie lo hacía cuando estaba mal.

Lo último que quería era apiadarse de Tally pero su prometido no iba tras ella para quitarle las horquillas y había tenido que cuidar de una hermana enferma.

—Siento mucho que estuviera enferma —se oyó decir—. De verdad.

Tally parpadeó.

—Ya sé todo lo que quería saber —dijo con determinación—. Supongo que le gustará saber que me voy mañana a primera hora. Se acabaron las preguntas.

—Me alegro —dijo J. D. no muy convencido.

—Adiós, J. D. —se despidió Tally alargando la mano.

J. D. cometió el error de estrechársela y sintió una descarga eléctrica por todo el cuerpo. Se apresuró a soltársela y bajó las escaleras del porche peor de lo que las había subido. Algo iba mal.

Al menos, se iba. J. D. Se fue a casa a trabajar, comió y se duchó. No cantó. Estaba inquieto. Era como si le faltara una pieza del rompecabezas, algo que no sabía y que debería saber.

Tenía la impresión de que en realidad, Tally no le había contado para qué había ido, pero que esforzándose, podría dilucidarlo.

No se le ocurría nada y se dijo que era mejor olvidarlo.

Se fue a la cama.

Se despertó en mitad de la noche. ¿Por qué había ido Tally Smith a Dancer? Aquello de que había sentido curiosidad por conocer al hombre del que su hermana había estado enamorado no lo convencía.

Elana era impulsiva, pero Tally parecía prudente, organizada y responsable. La última persona sobre la faz de la Tierra que se dejaba llevar por la espontaneidad.

Por alguna razón, Tally estaba mintiendo. Se lo había visto en los ojos. Oyó a un coyote y tuvo la sensación de que su vida estaba a punto de cambiar de forma drástica.

¿Por qué había ido preguntando por ahí si le gustaban los niños?

¿Qué era aquello de la herencia de Elana?

Y entonces, lo supo.

Se incorporó en la cama con el corazón latiéndole como una locomotora.

Se dijo que no podía ser, pero no logró convencerse. Apartó las sábanas apresuradamente y se levantó. Maldijo y se puso los vaqueros. No podía ser. Se puso una camisa que no se abrochó y sin zapatos, se montó en la furgoneta.

¿Y si Tally se hubiera ido ya? No sabía nada de ella. Sólo que era hermana de Elana y que vivía al otro lado de la frontera. ¿Cuántos Smith habría allí?

Dada igual. Si se había ido, estaba dispuesto a ir a ver a todos los Smith de Canadá para averiguar la verdad.

Puso el motor en marcha y aceleró en dirección a la ciudad. Eran las tres y media de la madrugada. Al llegar, frenó un poco para no montar un numerito. Ya estaban las cosas bastante caldeadas.

Al ver su coche en el aparcamiento del Palmtree, sintió un gran alivio. Era el único coche que había. Bien. Así no tendría que despertar a todos los huéspedes para encontrarla.

Llamó a la puerta del bungalow que estaba más cerca del coche y esperó. Volvió a llamar.

Por fin, vio que alguien miraba por la cortina, pero nada. La puerta no se abrió.

—Tally Smith, sé que está ahí —dijo en voz baja.

Silencio.

—Abra la puerta o la tiro abajo —le advirtió un poco más alto.

Silencio.

—Voy a contar hasta tres —gritó importándole ya poco los vecinos—. Uno.

Oyó el cerrojo.

—Dos.

El pomo giró.

—Y tres.

—¿Qué hace aquí? —dijo Tally enfadada—. Va a despertar a toda la ciudad.

Llevaba el pelo suelto. Le caía sobre los hombros del camisón estilo «*La casa de la pradera*».

—Quiero pasar.

—No. ¿Está borracho?

—No, no estoy borracho —contestó J. D.—. ¿No se lo han dicho ya? J. D. Turner no bebe.

—Siempre hay una primera vez.

—Ahora que lo pienso, si me quisiera emborrachar, usted sería una buena excusa.

—No pienso permitir que me insulte —le advirtió Tally intentando cerrar la puerta.

—Tenemos que hablar —dijo J. D. poniendo el pie.

—Mañana.

—Ya es mañana —insistió J. D.

Tally abrió la puerta y J. D. se volvió a fijar en su pelo. Era voluminoso, suave y liso. Le hacía tener una apariencia sexy.

Debía de estar loco, porque quería besarla de nuevo.

—Hable —dijo Tally.

—No ha venido a conocer al antiguo amor de su hermana —dijo J. D. lentamente.

No era una pregunta sino una afirmación.

—¿Y cuál es su teoría? —preguntó Tally con cautela.

—Que su hermana tuvo un hijo —contestó J. D.—. Mío.

Vio la contestación escrita en la cara de Tally Smith. Se había quedado lívida y lo miraba con los ojos muy abiertos. Parecía aterrorizada.

J. D. la metió en el bungalow y cerró la puerta.

—¿Es un niño o una niña? —le preguntó.

—Un niño —susurró Tally.

—Vístase, quiero ver a mi hijo y nos vamos ahora mismo.

## Capítulo 3

—No vamos a ninguna parte —dijo Tally en un hilo de voz intentando sonar fría. Si aquel hombre tomaba las riendas de la situación, no habría marcha atrás.

Debía de ser porque era tarde y las circunstancias eran extrañas, pero Tally pensó que su vida no tenía nada lo suficientemente atractivo como para hacerla volver a ella.

J. D. la miró con determinación y Tally se dio cuenta de que no tenía nada que hacer, así que bajó la mirada.

Por desgracia, J. D. llevaba la camisa desabrochada, lo que revelaba el maravilloso paisaje de su pecho. Pensó que lo había visto más veces así que a Herbert. Era de locos, porque su idea era compartir con Herbert una larga vida sexual. Se estremeció.

J. D. era un maravilloso ejemplar de hombre. A pesar de que estaba enfadado, Tally percibía su poderío masculino. Eso era exactamente lo que hacía que una mujer se volviera por la calle, que se le nublara el pensamiento. Eso era precisamente, dejarse llevar por la curiosidad de querer descubrir los misterios de un hombre así, lo que había llevado a Elana a tener problemas una y otra vez.

—Vístase —le espetó.

Tally se cruzó de brazos y se dio cuenta de que el corazón le latía aceleradamente. No estaba dispuesta a que se diera cuenta de que estaba asustada por el vertiginoso giro que había tomado la situación.

—No —contestó orgullosa de su tono calmado—. Me va a tener que sacar de aquí gritando y pataleando —añadió. J. D. no se movió—. Y no creo que lo haga porque eso sí que saldría en portada en el «*Dancer Daily News*».

J. D. se acercó tanto que Tally sentía su aliento en la mejilla. Era cálido, sensual y peligroso.

—¿Me está retando? No me importaría ponérmela como un saco de patatas sobre el hombro y sacarla así de aquí. No tiene pinta de pesar mucho y el «*Dancer Daily*» me importa muy poco.

—Pues antes no dijo eso —le recordó.

—Entonces, era otro hombre. Mi vida ha cambiado.

A Tally le parecía que la suya, también. ¡Tenía que mantener la calma! Estaba acostumbrada a saber qué hacer, a controlar la situación. Rendirse no era una opción.

Intentó un acercamiento menos agresivo.

—¿No podríamos comportarnos como adultos razonables? —le preguntó tocándole el brazo—. ¿No podríamos esperar a mañana?

J. D. no parecía conmovido por su tono de voz, más dulce. Se limitó a mirarle la mano hasta que Tally incómoda, la apartó.

—Para que lo sepa, su hermana me hizo creer que se estaba enamorando de mí y luego, desapareció una noche sin despedirse. Ya sé lo que es que una Smith se vaya

de repente y no pienso permitir que me vuelva a ocurrir.

—Yo no soy como mi hermana. ¡No le he dado ni una sola razón para que no confíe en mí!

Tras tantos años de respeto, al fin y al cabo era profesora y todavía tenía miedo de que la gente pensara que su hermana y ella no eran de fiar.

—Tengo un hijo del que no me ha hablado. Me parece suficiente para no confiar en usted. ¿Cuándo pensaba decírmelo?

Tally no contestó.

—¿O tal vez nunca? ¿Es que acaso no he pasado las pruebas de padre perfecto? Vaya, vaya, ¿la señorita *Lotengotodobajocontrol* había decidido no decirme nada?

—Sí, se lo iba a decir —contestó Tally.

Lo cierto era que aquella noche se había metido en la cama preguntándose precisamente qué debía hacer con el señor J. D. Turner y la idea de hablarle de Jed se le había mezclado con el color de sus ojos y con el sabor de sus labios.

—Me parece a mí que usted no suele mentir. Por eso, se le pone la punta de la nariz roja, luego las orejas se le sonrojan y el cuello se le pone como un tomate —apuntó J. D. tocándole el cuello.

Tally se sintió como un conejo deslumbrado por las luces de un coche. Su primer instinto fue taparse la nariz y las orejas, pero aquello habría sido admitir su culpabilidad.

—Estaba esperando el momento oportuno —contestó.

—El momento oportuno ya se presentó. Me lo tendría que haber dicho nada más llegar, cuando fue a verme.

—¿Después de que se comportara como un bárbaro? —protestó Tally.

J. D. seguía teniendo la mano en su cuello y aunque sus ojos decían que la quería estrangular, Tally estaba encantada de sentirlo cerca.

Entonces, J. D. se dio cuenta de que seguía tocándola y la apartó no sin antes mirarla como si lo hubiera avergonzado.

—¿Ve? Lo que yo sospechaba. Estaba decidiendo si sería o no un buen padre, ¿verdad?

Su mano debía de sentir ganas de nuevo de estrangularla, porque se la metió en el bolsillo.

—Sólo estaba haciendo lo que es mejor para mi sobrino —se defendió Tally tocándose el cuello para ver por qué le quemaba.

—¿Ah, sí? Pues le voy a decir una cosa. A partir de ahora, queda usted relevada del papel de Dios. Ya me encargo yo de todo —dijo J. D. cruzándose de brazos.

Tally tomó aire y lo único que consiguió fue aspirar su aroma masculino. Aquello era la muerte.

¿No debería tirarle algo a la cabeza y montar un numerito para que fuera toda la ciudad?

Lo malo era, que cuando J. D. había dicho que se encargaba él de todo, Tally

había sentido un inmenso alivio.

Era lo más horrible que le había pasado nunca. Una debilidad. Nunca se había permitido ser débil. No había podido. Siempre había tenido que ser la fuerte. No debía permitir que J. D. viera su repentina vulnerabilidad.

¿Cómo podía sentirse aliviada porque aquel desconocido fuerte y enfadado estuviera por encima de ella?

¡Tenía que luchar!

—Si me obliga a ir con usted, sería un secuestro —anunció en tono de institutriz.

J. D. sonrió. Era una sonrisa tan cruel que lo hacía increíblemente irresistible. A Tally se le antojó que parecía un pirata. ¿Y qué podía hacer una profesora contra un pirata?

¡No era un pirata, sino un mecánico! Debía ceñirse a la realidad. Nada de fantasías.

—No puedo conducir de noche —intentó—. Tengo ceguera nocturna.

—¿Cree que iba a conducir usted? —se rió J. D.—. Conduzco yo, por supuesto.

—No creo que le hiciera mucha gracia conducir hasta allí con una mujer enfadada al lado —apuntó Tally.

Entonces, se dio cuenta de que en algún momento había abandonado su idea de no ir.

—¿Sabe lo que le digo? Estoy dispuesto a andar sobre brasas para ver a mi hijo, así que usted y su enfado no son más que un pequeño obstáculo.

Tally se tendría que haber sentido insultada, pero sintió una extraña sensación en el pecho ante aquel hombre que mostraba tanto amor por un hijo al que no conocía.

Tally había ido a Dancer para ver si J. D. era mejor padre para Jed que Herbert. Había sido una estupidez. No había tenido en cuenta que podía darse la situación que se estaba dando, que J. D. tomara las riendas y la privara de su poder de decisión.

¿O sería que al ver su fotografía se había dado cuenta de que J. D. Turner era el hombre perfecto para sacarla de la aburrida vida que llevaba?

No, no podía ser. ¡Ya había visto en las carnes de su hermana lo que significaba una vida divertida!

—Lo que mi sobrino necesita es estabilidad —le advirtió.

J. D. no parecía impresionado.

—Lo he leído en un libro —confesó Tally.

—Ya veo que es usted de esas personas que van por la vida con un manual de instrucciones, un juego completo de mapas del mundo, un botiquín de primeros auxilios y un paracaídas, pero a veces viene bien dejarse llevar y tomar las cosas como van llegando. Ser espontáneo, vamos.

Eso no parecía ser seguro. Si J. D. hubiera vivido toda su vida con Elana, no estaría diciendo eso.

—Quiero que sepa que estoy buscando un padre para Jed —le dijo. Tomó aire y se lanzó—. Quiero formar una familia normal y feliz para él —añadió—. Es decir, un

padre y una madre —concluyó por si no le había quedado claro.

Al pensar en ese padre y en esa madre, el resto de su cuerpo se puso del mismo color que la punta de la nariz, las orejas y el cuello. Le quemaba todo, desde el pelo hasta las uñas de los pies. J. D. no pareció darse cuenta.

—Jed —dijo J. D. como saboreando su nombre. Entonces, debió de entender lo que le había dicho porque la miró, abrió la boca y la volvió a cerrar. Miró la puerta y habló.

—Y yo quiero que sepa que yo soy su padre, pero que eso no cambia mi opinión sobre el matrimonio. Nunca.

—Ser padre no es solo una cosa biológica, ¿sabe? ¡Además, no le estaba pidiendo que se casara conmigo! ¡Ah! Para que lo sepa ya hay otro elegido.

J. D. se acercó todavía más. Sus pechos casi se rozaban.

—¿Le ha regalado él el anillo que lleva? —le preguntó.

Se había dado cuenta. ¿Qué querría decir eso exactamente?

—Sí, se llama Herbert.

—Herbert —repitió J. D.—. ¿Y qué criterios ha seguido para elegir al padre de mi hijo?

—Busco a un hombre muy estable, amable y considerado, limpio y organizado.

J. D. sonrió.

—Para empezar, que no vaya por ahí con una toalla a la cintura ni bese a desconocidas y mucho menos, que tenga un motor desmontado en la cocina —añadió.

J. D. se acercó todavía más y le tomó la cara entre las manos para besarla. Tally sintió sus labios, calientes y sensuales y también sintió que el corazón se le salía del pecho.

Haciendo un gran esfuerzo, consiguió mantener la dignidad.

—Me acabo de descalificar para el puesto —anunció J. D.—. Tu plan para formar una familia es una idiotez. Pobre niño. Se va a criar en una casa que va a parecer un cuartel, no va a tener nada de emoción ni de aventura. ¡Ah!

—¡Jed lleva una vida maravillosa conmigo!

—Contigo y con Herbert, supongo. ¿También le sacas brillo a sus zapatillas de deporte?

—¿A las de Herbert o a las de Jed?

—¡Madre mía, me parece que no me has entendido!

—¡No creo que llevar las zapatillas de deporte limpias signifique nada!

—Pero el hecho de que yo tenga unas piezas de motor en la cocina, sí, ¿verdad? —le espetó mirándole los labios.

Tally se estremeció.

—Un hombre de verdad haría que te olvidaras de detalles como ése.

—¡No serás tú! ¡Eres la persona más grosera que he conocido jamás!

—Pues será mejor que te vayas acostumbrando, porque parece que nuestras vidas

se van a ver unidas por muchos años.

Tally se dio cuenta de que eso era cierto. J. D. había pasado a formar parte de su vida. Por la determinación que veía en sus ojos, parecía dispuesto a formar parte de su vida todo el tiempo que ella formara parte de la vida de Jed. O sea, para siempre.

Ella no había incluido a aquel horrible hombre en su vida. Simplemente, había ocurrido. ¿O algo en su cerebro ya lo tenía planeado tras ver la fotografía?

—Vamos —dijo J. D. mirando la hora.

Tally deseó abalanzarse sobre él y volverlo a besar para que borrara de su cabeza la idea que tenía de ella por llevar las zapatillas limpias. ¡Pero si las metía en la lavadora!

Claro que abalanzarse sobre él no haría sino complicar una relación que iba a perdurar en el tiempo.

Confusa, hizo la maleta y se cambió. Qué patético. ¿Por qué estaba intentando estar guapa? Agarró la maleta como si no pesara nada y la metió en el maletero de su coche.

—¿Has pagado? —le preguntó J. D. Tally asintió—. Será mejor que dejes el coche en mi casa. Así, el pobre Rufus no se volverá loco pensando que tu coche sigue aquí y tú no.

—Pero lo voy a necesitar en Dogwood Hollow.

—Había pensado en recoger a Jed y volver aquí. Así, podría conocerlo en mi territorio.

—¿Y qué te hace pensar que yo puedo dejar mi vida atrás como si tal cosa?

—¿No eres institutriz? Supongo que tendrás libre todo el verano.

—¡No soy institutriz! —protestó Tally.

—Pero enseñas, ¿no?

A Tally le habría encantado decirle que era bailarina de la danza del vientre o agente secreto, pero no sabía mentir.

—Sí, soy profesora de quinto —contestó—. En un colegio privado.

J. D. asintió como diciendo: «*Lo que me imaginaba*» y le abrió la puerta del coche.

—No hagas nada raro —le advirtió—. A mi casa.

A Tally le habría encantado hacer algo raro, como provocar una persecución o darle esquinazo en una curva, como en las películas, cualquier cosa para que dejara de tener esa idea preconcebida de ella.

¿De verdad había dicho que sí, que iba a llevar a Jed allí?

Puso el coche en marcha y condujo hasta la casa de J. D. Una vez allí, le hizo todas las preguntas que se le habían ocurrido en el trayecto.

—¿Cuánto tiempo quieres que venga Jed de visita? ¿Y dónde vamos a vivir? ¿Y qué le vamos a decir?

J. D. levantó una mano.

—Vamos por partes. Para empezar, me tengo que poner unos calcetines. Luego ya

me pondré a hacer el plan del resto de mi vida.

Media hora después, Tally estaba sentada junto a él en su furgoneta con el maloliente perro sobre los pies.

Había protestado, pero J. D. le había dicho con una calma enloquecedora que ahora él estaba al mando y que el perro era innegociable.

Conducía en silencio, sin expresión en el rostro. Tally no tenía manera de saber lo que estaba pensando. Desde luego, no parecía que estuviera planeando el resto de su vida.

El perro intentó subirse al asiento, pero Tally se lo impidió. J. D. la miró con tristeza.

Se dijo que debía permanecer despierta, mantener de algún modo algo de control sobre aquella extraña situación, pero la autopista era interminable y los párpados se le cerraban.

Cuando se despertó, el perro estaba en el asiento y le había puesto la cabeza en el regazo. Al notar que se había despertado, acercó la cabeza a su mano con la esperanza de que le hicieran mimos.

—Ajj —protestó Tally.

—Para ser institutriz, tienes un vocabulario muy reducido.

Tally le dedicó una de sus miradas asesinas, pero él ni se inmutó. El perro volvió a reclamar caricias, así que Tally le tocó la cabeza un poco y se volvió a dormir.

En el duermevela, pensó que su vida estaba completamente descontrolada y que había sobrevivido, que su mundo no se había desintegrado en billones de pedazos que jamás podría volver a unir.

—Todavía —musitó.

J. D. miró a la mujer que dormía junto a él. ¿Había dicho algo sobre el orden del mundo?

—Seguro que, sea lo que sea, será para mejor —dijo admirando cómo brillaban sus zapatillas de deporte.

Beauford le había puesto la cabeza en el regazo, ignorante de que no le gustaba. ¿O se lo perdonaría? Decían que los perros presentían todo, que eran capaces de ver en el corazón de las personas. ¿Acaso Beauford había decidido que la señorita Sabelotodo tenía buen corazón?

Tenía la cabeza apoyada en la ventana y la boca medio abierta. Para su vergüenza si estuviera despierta, roncó.

A pesar de que estaba dormida, tenía el ceño fruncido y los puños apretados. Obviamente, estaba preocupada.

Él también lo estaba, aunque no quería que ella se diera cuenta. Al fin y al cabo, su vida había saltado por los aires. Estaba completamente patas arriba.

Estaba amaneciendo y el cielo estaba teñido de preciosos tonos naranjas, amarillos, rojos y rosas. Hasta el momento en el que Tally lo había admitido, J. D.

había mantenido una pequeña esperanza de haberse equivocado, de haber vuelto loco. Pero no era así. Tenía un hijo.

Un hijo que llevaba su nombre, cuyos primeros pasos se había perdido, así como sus primeras palabras, un hijo que había vivido hasta entonces sin la protección y el cariño de su padre.

A pesar de que creía lo que Tally le había dicho sobre la enfermedad de su hermana, no podía dejar de sentirse traicionado. Todos y cada uno de los cumpleaños que se había perdido eran una traición. Todas las Navidades, todos los regalos, el primer diente, la primera nevada traiciones.

Para ser un hombre que se había decidido a permanecer soltero toda la vida, se dio cuenta de que aquello de tener un hijo no lo molestaba. En absoluto.

Tal vez, porque iba a tener las ventanas de ambos mundos. Iba a tener a su hijo sin las complicaciones de la horrible vida que Tally quería.

La miró. ¿Por qué no estaba tan desencantada de las familias como él? J. D. sospechaba que aquel severo moño y aquello de dormir con el ceño fruncido tenía mucho que ver con haber crecido a la sombra de su hermana.

J. D. había dejado de confiar en esas cosas hacía mucho tiempo, antes de conocer a Elana. Y a su madre, que nunca había sido feliz en Dancer, siempre les había echado la culpa de ello a su padre y a él.

Había crecido oyendo sus letanías de «*habría podido ser*». Decía que, si no hubiera sido por ellos, estaría en las playas de Saint-Tropez y esquiando en Steamboat. Si no fuera por aquella familia que la había atado, habría tenido una vida divertida y movida y no una vida de cocinar, limpiar e ir a partidos de hockey.

Menos mal que se había ido cuando J. D. tenía trece años. Recordaba a su padre, encantado. Durante algún tiempo, habían mantenido el contacto y su madre parecía tan infeliz como siempre, sólo que sin nadie a quien culpar.

Analizando la situación desde el punto de vista de un adulto, había comprendido que su madre tenía un carácter inestable, pero aun así no podía dejar de sentirse culpable por su infelicidad.

¿Se habría sentido atraído por Elana por eso? ¿Habría intentado ganarse el amor de una mujer que como su madre, era incapaz de darlo? ¿Habría intentado cerrar aquella herida de la infancia?

Odiaba el psicoanálisis y se dijo que había caído en él porque llevaba horas sin dormir. Puso una cinta de música country. Un tipo cantaba una estupenda melodía sobre la cárcel, a la que había ido a parar por culpa de una mujer y un perro que lo sacaba.

Beauford suspiró feliz y ladró donde debía ladrar.

Tally se despertó lentamente. Ver cosas así, a una mujer despertándose, era lo que hacía que un hombre se arrepintiera de haber tomado otro camino.

—¿Dónde estamos? —preguntó intentando apartar a Beauford.

El perro insistió en que le hiciera mimos y Tally tras una breve lucha, no tuvo más

remedio que ceder. ¿Era ésa su estrategia con los hombres también? J. D. todavía recordaba sus dulces besos.

—Vamos a parar a desayunar en el próximo pueblo —anunció diciéndole dónde estaban. Tally suspiró y miró por la ventana.

—Siento mucho que no supieras de su existencia antes —dijo tras tomar aliento. J. D. la miró—. Elana siempre dijo que no sabía quién era el padre —continuó—. Y yo no tenía razón para no creerla. Cuando estaba eufórica hacía cosas salvajes de verdad. No podía impedirlo.

J. D. intentó no estremecerse. Así que él había sido una de las salvajadas de Elana, ¿eh? Se había visto metido en el ojo del huracán de una enfermedad y él sin saberlo.

—Hace un par de meses, organizando las cosas de mi hermana, encontré tu fotografía. Cuando leí tu nombre por detrás, comprendí que eras el padre biológico de mi sobrino. Desde entonces, he estado pensando qué hacer. Pensé que tenías derecho a saber que tenías un hijo, me parecía injusto no decírtelo, porque al fin y al cabo, no tienes la culpa de que Elana estuviera enferma. Por otro lado, también pensé que era mi obligación averiguar qué tipo de persona eras antes de dejar que conocieras a Jed.

—Muchas mujeres habrían vuelto a guardar la fotografía —admitió J. D.

—Ya y a muchos hombres les da igual tener un hijo por ahí.

—Háblame de él. Quiero saberlo todo, desde el día en el que nació.

—Tengo una foto.

—A ver —se apresuró a pedirle.

Tally rebuscó por el bolso con el que lo había golpeado y sacó una fotografía.

J. D. la tomó. Era de estudio. Un niño pequeño sentado en un taburete con las manos en el regazo y las piernas cruzadas. Llevaba una camisa lisa, tirantes y corbata. Le habían peinado el pelo hacia atrás y miraba a la cámara muy solemne. Tenía coloretos y los ojos oscuros.

—Se parece a mí a su edad —murmuró J. D.—. De hecho, tengo una foto muy parecida eso sí, sin corbata, gracias a Dios.

—¿Qué tienen de malo las corbatas? —se defendió Tally—. Cuando vi la fotografía que Elana tenía de ti, no tuve dudas. Esos preciosos ojos marrones

Se interrumpió sonrojada.

Así que Tally Smith pensaba que tenía unos ojos bonitos, ¿eh? Por alguna razón, aquello le gustó casi tanto como ver la foto de su hijo.

Cómo se le había complicado la vida en veinticuatro horas.

—¿Qué años tenía ahí? —le preguntó devolviéndole la foto y saliendo de la autopista.

—Se la hicieron hace unos meses en el día de la fotografía de Sears ya sabes, todas las que se quieran por seis noventa y nueve.

No, J. D. no lo sabía, ni eso ni muchas cosas. Todo por culpa de Elana.

Sospechaba que Tally Smith llevaba toda la vida intentando arreglar los errores de

su hermana, pero aquel era demasiado grande para ella.

—Quiero saberlo todo —gruñó—. Desde que nació.

Tally recapacitó.

—Nació a las seis y dos minutos del diez de abril. En lugar de salir gritando y berreando, llegó tranquilo como un Buda.

A medida que iba hablando, J. D. se dio cuenta de que a pesar de que llevara las zapatillas impolutas y tuviera aquellas ridículas ideas sobre lo que debía ser la vida de un niño, lo quería y era buena con él.

—Elana iba y venía, pero yo siempre he estado con él.

Tally le contó cómo era Jed de bebé, que le compró un disfraz de conejito para su primera fiesta de Pascua, que lo primero que comió tras el pecho fue un plátano machacado, que se habían fotocopiado las manos en el colegio y que tenía una relación de amor-odio con una gata llamada Bitsy-Mitsy.

—Él quiere a la gata, pero ella lo odia.

De alguna manera, había sido hijo de Tally desde el principio. Elana aparecía y desaparecía, ingresaba y volvía a casa. Tally siempre había estado ahí, siempre había sido la referencia de Jed.

Tally habló y habló, pero J. D. no se cansaba. Quería saberlo todo.

Quería saber que Jed se había comido un lápiz y que Tally le había comprado una caña de pescar y una gorra de béisbol.

J. D. se dio cuenta de que iba a ser una madre perfecta para su hijo en cuanto entendiera un par de cosas. Vivía en un mundo demasiado ordenado.

—Háblame de ese hombre con el que te vas a casar.

—Oh, Herbert es un hombre encantador. Es el ferretero de Dogwood Hollow.

«*Encantador*» era un término muy genérico y J. D. quería detalles sobre el hombre que iba a ayudar a criar a su hijo.

—¿Qué quiere decir exactamente «*encantador*»?

—Bueno ya sabes.

—No, no lo sé.

Tally parecía incómoda.

—Bueno ya te he dicho que es dueño de la ferretería, así que es próspero y estable.

¿Tally quería que su hijo aprendiera eso de las relaciones, que la prosperidad y la estabilidad valían más que la pasión y el amor?

—Herbert tiene una casa preciosa con una cocina con muebles de acero inoxidable. Bitsy-Mitsy es su gata.

A J. D. no le hizo ninguna gracia que Tally estuviera hablando de las posesiones de aquel hombre y no de su carácter. No parecía una mujer superficial, así que J. D. supuso que después de haber sufrido mucho por su hermana, Tally Smith no quería entregar el corazón de nuevo.

—¿Y cómo se lleva con Jed?

—¡Lo adora! —contestó Tally demasiado deprisa.

J. D. pensó que eso quería decir que lo toleraba.

—¿Cómo demuestra esa adoración?

—Por ejemplo Ya verás cuando vea la colección de camiones Tonka que le ha comprado.

Estupendo. Más bienes materiales.

A medida que recorrían los kilómetros oyendo hablar de Herbert, J. D. tuvo clara su misión. Era una obligación sagrada, por su hijo tenía que zarandear el mundo de aquella mujer.

Y sospechaba que iba a ser la mar de divertido.

## Capítulo 4

Dogwood Hollow sorprendió a J. D. Era bastante más grande que Dancer, tenía semáforos y un pequeño centro comercial.

Tras seis horas juntos en la furgoneta, estaba consiguiendo el efecto deseado sobre Tally Smith. Estaba chafada. Llevaba la camisa arrugada, las medias llenas de pelos de perro, tenía el pelo despeinado y no llevaba pintalabios.

Una mujer diferente a la señorita Perfecta del día anterior.

¡Y eso solo en un día! En poco tiempo, le habría enseñado lo que una mujer debía saber para criar a su hijo.

—Estás muy guapa —le dijo iniciando la maniobra para convencerla de que se dejara el pelo suelto.

Tally que había encontrado un libro en aquel bolso inmenso que llevaba, estaba leyendo.

—¿Cómo?

¿Cómo podía estar en una furgoneta con un hombre de verdad y estar leyendo sobre hombres de ficción? J. D. se sintió ligeramente ofendido. ¿Sería porque olía como un hombre de verdad?

—Estás muy guapa —dijo galante.

Tally lo miró, se echó hacia la derecha para mirarse en el retrovisor, hizo una mueca, se alisó la blusa con la mano y se quitó los pelos de Beauford de los pantalones.

—Te crees muy gracioso, ¿eh?

—En absoluto. Ahora, estás mejor. Más real, más tranquila, ¿sabes?

—No —contestó Tally volviendo a concentrarse en el libro.

¡Había rechazado su galantería!

—Qué pena me dan los niños a los que enseñas —le espetó—. Eres una mujer tensa y estirada. Pareces una gallina en la guarida de un coyote. Supongo que si se les ocurriera ponerte una rana en la mesa, los tendrías castigados de por vida.

—Mis alumnos jamás se atreverían a hacer algo así —contestó Tally sin levantar la vista del libro—. Al menos, según tú, soy una gallina guapa en la guarida de un coyote.

No tenía suficiente con burlarse de su cumplido. Encima, se lo tenía que restregar por las narices.

—Me haces desear estar de nuevo en quinto curso.

—Ah, pero ¿no lo estás? —preguntó Tally con fingida dulzura.

—¿Ves a lo que me refiero? Me pones de los nervios.

—¿Ah, sí? Me has sacado de la cama en mitad de la noche, me has puesto a un perro maloliente encima durante seis horas, he tenido que soportar tu temeraria conducción y ¿ahora me dices que te pongo de los nervios? A mí me parece que me tendrían que encumbrar a los altares de la santidad.

—Muy bien. Eres santa Tally de Dogwood Hollow. Por cierto, no soy temerario conduciendo. Conduzco deprisa porque sé con precisión hasta dónde llega mi coche. Pero en cualquier caso, no creo que tenga nada que temer porque llevo a una santa a bordo.

—Seguro que ya eras incorregible en el colegio, ¿verdad?

—Exacto —contestó J. D. tan contento—. Incorregible. Incorregible y la Santa. Un buen título para un libro, ¿eh?

—Ya veo lo que debes de leer.

—¿Cómo te atreves a juzgar lo que leo? ¿Qué estás leyendo tú? ¿La duquesa y el duque se encuentran en Dorchester?

—Pues no, estoy leyendo un estudio excelente sobre la época victoriana. Es una investigación impecable.

—Si las mujeres llevaban vestidos como ese de la portada, me da envidia el duque. Seguro que había sorpresas en cada capa.

Tally enarcó una ceja y volvió a su lectura.

J. D. unos terribles deseos de parar la furgoneta y besarla hasta volverla loca, pero se contuvo. Ya tendría tiempo de hacerlo. Al fin y al cabo, besarla iba a formar parte del curso que le iba a dar.

Tally tenía que aprender que en la vida una no se casa por una cocina de acero inoxidable, sino por noches de pasión sin fin.

Entonces, se dio cuenta de que él no tenía una vida apasionada. ¿Dónde estaba la pasión en su vida? ¿El Mustang del 72 de Clyde Walters?

—Me parece que los dos vamos a aprender mucho —musitó.

—¿Perdón? —dijo ella.

—¿No puedes decir «*qué*» como todo el mundo?

—¿Como tú?

—Sí.

—No.

J. D. se concentró de nuevo en la carretera, pero la pregunta no dejaba de rondarle la cabeza. ¿Se había hecho una vida cómodo y sin pasión a su medida?

—¡No! —gritó.

Tally lo miró asustada.

—Estoy cansado —confesó, decidiendo que esa era la explicación a todos sus males.

Una noche en vela explicaba que creyera que su vida era tranquila y predecible cuando, en realidad, no lo era. Se lo pasaba muy bien. Desguazaba coches viejos y ponía los pies encima de la mesa. Cantaba en la ducha y era un ejemplar escaso, un hombre libre, miembro del CDNINMPC. ¿Qué más podía pedir?

Su aroma, cálido y alimonado, eligió ese instante para apoderarse del vehículo y envolverse en sus cansados sentidos.

J. D. se despertó. Era un soldado con una misión: salvar a su hijo del mundo tan

estricto en el que vivía Tally Smith.

Punto. Una relación emocional era innecesaria. Más bien, muy peligrosa. Las colonias con olor a limón deberían estar prohibidas.

—Es aquí —anunció Tally.

J. D. observó la casa con ojos de soldado. Era un bonito edificio de dos plantas recién pintado y con buenas vistas.

—Vamos, Beau —le dijo al perro.

—¡Oh, no, él no puede entrar!

J. D. la miró con los ojos entornados. ¿No se había enterado todavía de que no era ella quien escribía el guión?

—¿Cómo? ¿Ahora resulta que no va a poder entrar?

—No está permitido.

«Lección número dos. En cuanto la convenciera de que en esta vida no debía sentar la cabeza y convertirse en una persona aburrida, tendría que dejarle claro que demasiadas normas no eran buenas para los niños.»

¿Qué iba a hacer con el pobre animal? Beauford estaba perfectamente educado y jamás había roto nada.

—Se me ocurre una cosa —dijo J. D. llamando al perro—. Vamos a vivir peligrosamente.

Tally lo miró con recelo.

—¿Y qué es lo que hemos estado haciendo estas seis horas contigo al volante?

—Vamos —dijo J. D. ignorándola y sacando el equipaje del maletero.

Tally cerró los puños y anduvo hasta la puerta con las mandíbulas apretadas. ¡La tensión!

A ambos lados del camino de entrada había unas preciosas flores que a J. D. le parecieron un horror porque seguro que regañaban a los niños por pisarlas. Vio un cartel que ponía *No pisar el césped* y suspiró.

—¿Mucha inseguridad ciudadana por aquí? —le preguntó a Tally al ver que marcaba un código de entrada.

Como la respuesta fuera que sí, la misión iba a cambiar rápidamente. Entonces, Tally y Jed harían su equipaje inmediatamente y volverían a Dancer para establecerse allí para siempre.

«¡Qué miedo!», pensó J. D.

¿Tally Smith en Dancer para siempre?

—Por supuesto que no —contestó ella—, pero hay lugares en el mundo donde la gente cierra la puerta con llave.

Sí, J. D. lo sabía, pero no quería que su hijo viviera en uno de ellos. Siguió a Tally por un bonito vestíbulo en el que había un sofá de cuero de ésos en los que uno no se puede sentar, una alfombra nueva y un florero de cristal con plumas.

Perfecto. El sitio perfecto para que un niño no pudiera jugar sin llevarse una buena reprimenda.

Beauford olisqueó un arbolito que había en un macetero y olvidó que era un perro perfectamente educado. Cuando vio que levantaba la pata, J. D. le llamó la atención.

—¿Qué quieres? —dijo al ver la miradita de Tally—. Se ha confundido. No es muy normal encontrarse un árbol dentro de casa.

El perro lo miró dolido y se metió en el ascensor con ellos. Al verse encerrado, lloró.

—A mí tampoco me gustan —le dijo J. D.

—¿Cómo?

—Que no me gustan los ascensores. Me parecen lugares demasiado pequeños y se me da la vuelta el estómago.

J. D. decidió que si Tally se reía, empezaría con la lección de los besos ahora mismo para borrarle de la cara aquella expresión de superioridad.

No se rió, pero lo miró con cara de compasión.

En ese momento, se abrió la puerta y apareció una mujer con un chándal rosa.

—Señorita Smith, de verdad, no me lo puedo creer —exclamó al ver salir a Beauford como alma que llevaba el diablo—. Como muy bien sabe, no está permitido que entren perros en el edificio.

Tally miró a J. D. furiosa. La mujer no le había caído bien. Seguro que le hablaba a su hijo con el mismo tono. «*No corras, no hagas ruido, no juegues*». Seguro que había sido ella la del cartel del césped.

—Es el agente especial K-9 —dijo muy serio.

—¡Oh, Dios mío! —musitó la mujer metiéndose en el ascensor.

Tally lo miró con la boca abierta.

—Se lo ha creído. ¿Cómo has podido hacer algo así? —protestó—. Yo vivo aquí. Ahora voy a ser la comidilla de la vecindad. Van a decir que he llegado a casa escoltada por un policía con un perro antivicio.

—Así aprenderás lo que se siente cuando uno ve su vida en boca de los demás, pero te advierto que todavía estamos lejos de estar en paz. Además yo no le he dicho que éramos de antivicio aunque habrá visto el vicio escrito en mi cara.

Tally lo miró y se puso como un tomate.

«*Muy bien*», pensó J. D.

Aquello formaba parte del plan. Había que despertarla, que escandalizarla, que devolverla a la vida real. Y si se lo imaginaba desnudo bajo las sábanas dispuesto a enseñarle la definición de vicio, mejor.

Por desgracia, fue él quien se la imaginó a ella desnuda preparada para pasar una noche salvaje con él. Sólo para darle una lección, claro.

J. D. tragó saliva y vio que Tally estaba luchando consigo mismo para no reírse.

¡Enseñar a aquella mujer a dejarse llevar iba a ser difícil!

Tally se giró y avanzó por el pasillo. Llamó a la puerta y se dispuso a abrir, pero no le dio tiempo porque un quarterback del tamaño de una pinta se le echó encima a la altura de las rodillas haciéndola reír.

Fue una risa rica y gozosa que estuvo a punto de hacer que J. D. se distrajera del milagro que era su hijo. Casi.

El niño era precioso y fuerte. Otros padres pensarían lo mismo en el hospital, pero él no había podido estar allí, así que lo pensaba ahora. Nada en su vida lo había preparado para una experiencia así.

J. D. se vio reflejado en su hijo, la misma sonrisa y el mismo brillo en los ojos. J. D. no podía creérselo, pero era tan real que le parecía notar la energía que manaba del cuerpo de Jed hacia él.

Tally ululó, algo completamente impropio en ella, tomó a Jed en brazos y lo apretó con fuerza. Jed le tomó la cara entre las manos y comenzó a besarla profusamente mientras ella lo esquivaba fingiendo que no quería que lo hiciera.

En aquel momento, J. D. vio cómo era Tally de verdad y la experiencia fue tan bonita que casi lo cegó.

Su misión se tambaleó. No parecía que necesitara su ayuda. Cuando creía que la energía de Tally se lo iba a tragar, advirtió que había otra mujer cerca, dentro del piso.

Sintió compasión por el sexo masculino. Obviamente, era otra hermana Smith.

—Hola, soy Kailey —se presentó tímida y asustada.

Tally había llamado para decir que iban para allá y J. D. se dio cuenta de que su mundo se había tambaleado y se encontró queriendo asegurarse que no le iba a quitar a Jed, que sólo iba a reeducar a su hermana.

Como no se le ocurrían las palabras, le estrechó la mano mirándola a los ojos. Kailey sonrió y J. D. vio en sus ojos que ya no estaba asustada.

Jed lo estaba mirando con el dedo metido en la boca.

¿No era un poco mayor para chuparse el dedo? Se dio cuenta de que educar a su hijo iba a ser más difícil de lo que había creído. No iba a bastar con poner a Tally en el buen camino. ¿Cuál era el bueno camino? ¿No era de extrañar que Tally leyera libros!

—Jed, mira, este es J. D., un amigo mío —le dijo, tal y como habían acordado.

Jed lo miró atentamente, se sacó el dedo de la boca y sonrió.

—Hola —saludó con su lengua de trapo. ¡Le caía bien a su hijo! J. D. sintió que el corazón se le hinchaba. Su hijo

Cuando Jed vio a Beauford, se terminó la calma.

—¡Perro! —dijo saltando de los brazos de Tally. Beauford y Jed se miraron con interés y suspiraron a la vez de felicidad.

—Le gustan los perros —apuntó J. D. encantado.

—Debe de llevarlo en la sangre —dijo Tally.

Jed se abalanzó sobre Beauford y lo besó como había hecho con su tía. El perro se puso a mover el rabo encantado y a babear de gusto.

—Jed, no lo beses en la boca —le dijo Tally—. Está sucio. Gérmenes.

«Lección número tres. Los gérmenes no son mortales. Besar a un perro es uno de los mejores placeres de la vida», pensó J. D.

Menos mal que Jed miró a su tía indignado y acompañó al perro a explorar la casa, que por cierto recordó a J. D. su misión. Aquél no era lugar para un niño.

Aunque era bonito, era muy pequeño y demasiado femenino. Había muchas cosas rosas y demasiados adornos rompibles.

Había un triciclo en el balcón y los juguetes estaban ordenados. J. D. sintió una inmensa pena por su hijo al imaginárselo montando en triciclo por aquel espacio tan reducido y teniendo que recoger todos los juguetes después de haberlos utilizado en lugar de poderlos tener siempre a mano en el suelo.

J. D. se sentó en un sofá beis, curioso color con un niño pequeño en casa. Desde allí, veía dos habitaciones. Una debía de ser la de Jed, porque era de colores vivos y la otra la de Tally porque todo en ella era de un blanco virginal. Virginal. Debía de estar más cansado de lo que creía ya que estuvo a punto de preguntárselo. Le entraron ganas de reírse al imaginarse su cara si le dijera. «*Por cierto, Tally ¿eres virgen?*».

Menos mal que Jed y el perro aparecieron de nuevo en el salón corriendo uno detrás del otro y lo distrajeron. Tally comentó que su vecina de abajo iba a comenzar a dar golpes en el techo de un momento a otro.

Aquello fue lo último que J. D. oyó antes de quedarse dormido plácidamente.

—Es muy mono —comentó Kailey a su hermana mientras tomaban té en la cocina.

El perro estaba dormido bajo la mesa y Jed estaba dormido encima de él.

—Espero que no tenga pulgas —dijo Tally.

—¿J. D.? —preguntó Kailey horrorizada.

—No. La bestia que tenemos debajo —contestó Tally.

Era la primera vez en su vida que tenía a tres machos en su casa y los tres roncando. Se le antojó increíblemente injusto saber que J. D. Turner roncaba y no saber si Herbert lo hacía o no.

—Yo estaba hablando de J. D., pero el perro también me gusta —apuntó Kailey.

Para su hermana pequeña todo el mundo era bueno. Tally no entendía por qué había tenido una hermana tan salvaje y otra tan increíblemente inocente.

—Además, es muy guapo —murmuró Kailey.

En eso estaban de acuerdo aunque a Tally no le parecía suficiente. Más bien, impresionante, increíble, estupendo.

—¿Te estás poniendo roja? —dijo Kailey.

—¡Claro que no! —contestó Tally.

—No me lo dijiste por teléfono, pero ¿por qué ha venido?

—Porque, en cuanto se enteró de que tenía un hijo, insistió en venir. Quiere que Jed y yo nos volvamos a Dancer con él un par de semanas para conocer al niño.

—No se lo va a quedar, ¿verdad? —preguntó Kailey asustada.

—Claro que no. Lo tengo todo bajo control.

J. D. Turner no lo sabía todavía, pero pronto se iba a enterar.

—Deberías casarte con él —sugirió Kailey con aire soñador.

—¡Una no se casa porque un hombre sea guapo! —contestó Tally levantando el dedo anular para recordarle a su hermana y a sí misma tal vez que estaba prometida.

No tenía ni que plantearse casarse con J. D. Turner. Menos mal.

—Ya, pero tampoco porque el elegido tenga una cocina de acero inoxidable —le espetó su hermana—. Por cierto, aunque no me preguntes, a mí me parece un horror.

—Un punto para ti —dijo J. D. desde la puerta.

Estaba somnoliento y adorable.

—¿Esto es acero inoxidable? —preguntó yendo hacia el horno.

Tally asintió rezando para que no hubiera oído el resto de la conversación.

—Lo que me temía —dijo mirándolo de cerca—. Marcas de dedos. Ven a ver.

—¿Para qué?

—Para que entiendas que los niños pequeños las dejan por todas partes.

—No, si tienen las manos limpias.

—Lo que por suerte, no suele ocurrir casi nunca. No, a mí no me parece que el acero inoxidable y los niños sean buenos amigos.

—Nadie te ha preguntado.

—Tally tiene razón —apuntó Kailey.

¡Traidora!

—Ya, veo que ninguno de los dos ha entendido nada. No es la cocina de acero inoxidable lo que me gusta, sino lo que representa.

Kailey y J. D. se miraron perplejos.

—¿Qué representa? —preguntó él.

—Cenas familiares —contestó Tally—. Tradición.

Tanto su hermana como el padre de Jed seguían perplejos.

—Un hombre con una cocina de acero inoxidable es un hombre al que le gusta cocinar, al que le importa lo que lo rodea, que está dispuesto a gastarse el dinero en tener un lugar bonito en el que vivir.

Se podría haber comprado las mejores entradas de la Super Bowl

—¿De verdad? —preguntó J. D.

—Pero eligió algo permanente, algo que durara, algo de valor.

—Podría haber enmarcado las entradas —apuntó J. D. disgustado.

—No lo entiendes.

—Claro que sí. Te vas a casar con un hombre que no es el adecuado para criar a mi hijo. No te lo voy a impedir, pero primero vas a tener que aprender unas cuantas cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó Tally con recelo.

—Ya hablaremos de eso en Dancer. Cosas de chicos. Tiene que aprender cosas de chicos ya que veo que Herbie no las sabe.

—No le gusta que lo llamen Herbie —le advirtió Tally—. Estoy segura de que sabe todo lo que hay que saber de esas cosas a las que te refieres. Tiene una ferretería,

así que lo sabe todo sobre cortadoras, alambres, destornilladores

—Se compró una cocina de acero inoxidable en lugar de ir a la Super Bowl —se quejó J. D.—. Es horrible.

—Me parece muy emocionante que os vayáis a ir los tres a Dancer —apuntó Kailey mediando en la discusión.

—No conoces Dancer —contestó J. D.—. No es precisamente un sitio muy emocionante.

Tally pensó que en eso estaban de acuerdo, pero ¿por qué a su hermana le hablaba con cariño y a ella, no?

—No, Dancer no es nada emocionante —continuó J. D.—, pero es grande y abierto. Se pueden tirar petardos en la calle principal, correr detrás de las ardillas por los prados, siguen vendiendo gominolas gigantes en la tienda y si tienes suerte, puedes encontrar serpientes de cascabel.

—¡Oh! —dijo Kailey entendiendo perfectamente—. Cosas de chicos.

Tally miró a su hermana. J. D. y ella se estaba sonriendo como si fueran miembros de una organización secreta.

—Exacto —apuntó él.

—Jed es muy pequeño para salir detrás de las ardillas y aunque fuera mayor, no lo dejaría ir —dijo Tally—. De las serpientes por supuesto ni hablamos y en cuanto a las gominolas gigantes, son peligrosas para los niños menores de cinco años. Lo he leído.

J. D. la miró y sonrió con tanta indulgencia que Tally se sonrojó.

—Tu problema, Tally

¿Cómo se atrevía a insinuar que tenía un problema?

—Es que has leído demasiado y has vivido poco.

Tally se cruzó de brazos.

—¿Y tú lo vas a remediar? —le preguntó con sarcasmo.

—Exacto —contestó J. D. encantado—. Y aprovechando que estoy aquí, me gustaría arreglar también los de Herbie. ¿Cuándo vamos a ir a verlo?

## Capítulo 5

Tally sorprendida, miró a J. D. ¿Iba a solucionar sus problemas? Pero si ella no tenía ningún problema. ¿Por qué no miraba a su alrededor? ¡No tenía piezas de motor repartidas sobre la encimera de la cocina! ¡No abría la puerta envuelta en una toalla! Y desde luego, no metía a un perro en un edificio en el que estaba terminantemente prohibida la entrada de animales.

¿Y además, quería hablar con Herbert? Debía de haber creído que su prometido tenía problemas, porque había tomado una sabia decisión basada en su madurez: no ir a la Super Bowl, sino comprar una buena cocina de acero inoxidable.

¡Maldito ego infantil! Todos los hombres guapos eran así. Tan seguros de sí mismos y tan engreídos que resultaban ofensivos. Por eso había elegido a Herbert.

—¡Maldito engreído! —lo insultó.

J. D. sonrió encantador.

—Creo que me ha llamado «*maldito engreído*», ¿no? —le preguntó a su hermana. Kailey asintió.

—Eso parece.

—Bien. Le vendría bien relajarse de vez en cuando, sobre todo por Jed. No está bien eso de ser siempre tan perfecta. A veces, hay que dejarse llevar y comportarse como un ser humano.

¡J. D. estaba hablando con su hermana de ella como si ella no estuviera delante!

—¿Maldecir delante de un niño es comportarse como un ser humano? —intervino Tally—. No, gracias.

—Pero si está durmiendo —objetó J. D.—. Deberías bajar un poco la guardia.

—Nunca lo hago.

—Eso me temía.

—Deja de hablarme como si fuera tu proyecto y olvídate de conocer a mi prometido. ¡Ni Herbert ni yo necesitamos tus consejos!

—No se me ocurriría daros consejos. Sólo quiero tomarle el pulso a la situación —contestó J. D. yendo hacia el teléfono—. Vaya, ¿sabes qué?, solo hay un Henley en Dogwood Hollow.

—No te atrevas.

—¿A qué? ¡Anda, mira! ¿Sabías que su ferretería vende en exclusiva las cocinas de acero inoxidable de Airbeam? Tally, se lo sacó a precio de coste.

Estaba marcando el número.

Tally no se lo podía creer. Tras tantos años de lidiar con su difícil hermana sin perder nunca la calma, la compostura y la compasión y allí estaba saltando como una loca para arrebatarse el auricular a un hombre en la cocina. Y encima, él se reía.

—¿Herbert Henley por favor? —dijo manteniéndola a distancia con un brazo.

Kailey estaba sentada en una silla doblada sobre sí misma y riendo sin parar. ¡Iba a despertar a Jed y a todos los muertos del cementerio!

—Hola, Herbert. Soy John David Turner, un conocido de Tally Smith. ¿Te ha hablado de mí? ¿No?

Tally dejó de intentar quitarle el teléfono, se cruzó de brazos y lo miró enfadada, pero no consiguió nada.

—¿No te ha dicho que me ha ido a buscar a Dancer, Dakota del Norte? ¿Qué te dijo? ¿Que se iba a un viaje con el colegio? —dijo J. D. enarcando una ceja.

Kailey estaba en el suelo, revolcándose de la risa. Tally la miró enfadada, pero tampoco consiguió nada de ella. Entonces, Tally se puso a golpear el suelo con el pie. Aquella postura había hecho temblar a muchos alumnos. Nada.

—Soy el padre de Jed. Encontró una fotografía mía entre las cosas de Elana y supuso que era el padre de su sobrino. Es lista, ¿eh? Bueno, te he llamado porque como me ha dicho que las cosas entre vosotros van muy en serio y dado que vas a ser una persona muy importante en la vida de mi hijo, me parece que deberíamos conocernos. No me voy a quedar mucho tiempo en Dogwood Hollow, así que va a tener que ser esta noche.

Pausa.

—¿En tu casa? Muy bien. Voy a consultárselo a Tally —dijo tapando el auricular.

¿Qué estaba pasando allí? Parecía como si fueran una pareja. Y para colmo, lo había visto casi desnudo y lo había besado, algo que no había sucedido con Herbert.

—No pienso seguirte la corriente.

—Dice que está ocupada, pero yo voy. Muy bien, a las ocho. Hasta luego.

Y colgó.

—No vas a ir —dijo Tally.

—¿Por qué? ¿Te avergüenzas de él? —dijo J. D. apoyándose en la encimera.

—¡No! —contestó Tally, pensando que desgraciadamente, Herbert no iba a ser del agrado de J. D.

Seguro que J. D. le miraba la corbata, juzgaba su barriguita y pensaría que era un pardillo porque llevaba gafas.

—No tienes derecho a cotillear en mi vida.

—Siento recordarte que fuiste tú la que empezaste todo esto. Fuiste preguntando a todos los habitantes de Dancer sobre mí. Y además, a mis espaldas. Yo, por lo menos, lo hago de frente.

—No vamos a ir a casa de Herbert esta noche —insistió Tally.

—Tú puede que no, pero yo sí. Ahora que lo pienso sí, cariño, es mejor que tú no vengas. Le voy a llevar una buena botella de whisky para soltarle la lengua y que me cuente todo lo que hay que saber sobre ti.

—¡Qué asco! Y no me llames «cariño». Y Herbert no lo sabe todo sobre mí.

—¿Ah, no? ¿Y cómo es que te vas a casar con él? ¿Sabe que llevas sujetadores de encaje?

Kailey dejó de reírse y ahogó un grito de sorpresa.

—¡No, no lo sabe! —contestó Tally.

J. D. sonrió y ella se dio cuenta de que estaba intentando averiguar si se había acostado con su prometido. Se sonrojó. ¿Por qué le interesaba aquello si había dejado muy claro que no quería formar parte de la familia que ella quería para Jed?

Ya bastaba. Era el momento de recobrar el control sobre la situación. Las cosas habían ido demasiado lejos.

¡Qué horror! Herbert y J. D. a solas hablando sobre ella. Para colmo, no había nada interesante que contar.

—Como vayas a ver a Herbert, Jed y yo no vamos contigo a Dancer.

Kailey volvió a ahogar un grito de sorpresa.

J. D. se quedó de piedra y miró a Tally con intensidad.

—Ése es tu as, cariño. ¿Lo vas a echar tan pronto?

—No me llames cariño.

—Contesta.

—Lo digo en serio.

—Muy bien, pero escúchame porque sólo lo voy a decir una vez. Quiero hacer las cosas por las buenas, quiero conocer a mi hijo y a su entorno y a continuación, quiero que tú y yo nos pongamos de acuerdo en cómo vamos a hacer para que nos veamos. Está claro que eres una buena madre para él y que tienes ayuda —añadió mirando a Kailey—. No quiero cambiar eso. Quiero venir a verlo y que él vaya a verme, saber qué hace y esas cosas. Me parece que estoy siendo razonable y no quiero que ningún abogado ni ningún juez nos digan cómo tenemos que criarlo, pero —le advirtió—, si se te ocurre impedirme que haga lo que creo mejor para Jed, se acabó la amistad. ¿Entiendes?

Tally asintió a su pesar.

—Te advierto que es mejor que no me tengas como enemigo —concluyó muy serio.

Tally pensó que tenerlo como amigo también era peligroso.

¡J. D. había vuelto a recuperar el control!

—Ya —dijo intentando sonar digna. Giró sobre sus talones, se fue a su habitación y dio un portazo. Una vez a solas, estuvo cinco minutos pegándole puñetazos a la almohada.

¿Qué estaba haciendo? Jamás había hecho nada parecido. Claro, porque estaba acostumbrada a tenerlo todo bajo control. Lo cierto era que J. D. controlaba la situación desde hacía ya algún tiempo y ella había sobrevivido. No era el fin del mundo.

Se durmió y cuando se despertó, decidió que tenía que ir a casa de Herbert. Por lo visto, Kailey había pensado lo mismo, porque le había dejado sobre la cama el vestido negro de tirantes que se había puesto para ir a la ópera con el alcalde el año pasado.

Un vestido ridículo para ir a casa de Herbert, porque total, para tomar un café con

unas galletas de importación

Con unos pantalones y una blusa sería suficiente. ¿Y qué perdía por probarse el vestido?

La prenda era como una segunda piel. Se miró al espejo y se quedó anonadada. De profesora a sirenita en un abrir y cerrar de ojos.

Parecía que tenía las piernas más largas y los pechos más voluminosos. El llevar los hombros al descubierto era sensual, la verdad.

¿En qué estaba pensando su hermana? No podía ponerse aquel vestido para ir a casa de Herbert. ¿Y por qué no? ¿Qué la había llamado J. D.? ¿Institutriz? ¿Señorita Sabelotodo?

Muy bien, aquella noche tanto él como Herbert iban a alucinar. Había muchas maneras de tener a un hombre controlado.

Se puso la mano en la cadera, se mojó y los labios y sonrió. Tal vez, J. D. tuviera razón. Tal vez, tuviera que dejarse llevar un poco más.

Cuando salió de la habitación media hora después, se había hecho un recogido alto y se había puesto un pintalabios más oscuro del que solía llevar. J. D. estaba en el salón jugando con Jed y con Beauford. Lo habían tirado al suelo y se habían colocado encima de él. El perro le estaba dando besos y el niño haciéndole cosquillas.

Cuando la vio, dejó de reírse y la miró con intensidad. Se levantó y se quedó mirándola tanto rato que Tally se dio cuenta de que se estaba sonrojando.

—Vaya, vaya, vaya —dijo por fin—. ¡Menuda sorpresa!

—De eso nada, siempre voy vestida así —mintió Tally.

—Pues los niños de quinto deben de estar encantados.

—Siempre que quedo con Herbert —le aclaró.

Al instante, J. D. frunció el ceño y se acercó para tocarle la punta de las orejas.

—Mentira —afirmó—. No te vestes así para Herbert, así que asumo que lo has hecho para mí.

—¡No!

Pero J. D. bajó la cabeza como si hubiera dicho sí. Tally tendría que haberlo visto venir. Tal vez, lo hubiera visto y lo hubiera deseado. Volver a besar sus labios porque sabía que era fruta prohibida.

Fue un beso diferente al del primer día y diferente al de la noche anterior en el motel. Tally sintió que el corazón le revoloteaba en el pecho como una mariposa y se rindió. Justo cuando abrió los labios para invitarlo a entrar, J. D. se apartó y ella tuvo que fingir que había sido un beso robado, que ella no había participado en él.

Y sólo había una manera de hacerlo, así que lo abofeteó. J. D. se tocó la mejilla y sonrió.

—No me he vestido así para ti —insistió sintiendo que las orejas le ardían.

La velada en casa de Herbert, tomando café y galletas de importación, fue horrible. Menos mal que Herbert no dijo nada de su apariencia. ¿O sería que ni se

había fijado?

Los dos hombres se llevaron bien. A los dos les gustaban los coches y el fútbol. J. D. no lo estaba juzgando, pero ella sí. ¿Por qué, de repente, le parecía más bajito y más tonto que nunca?

Juntos, J. D. parecía más vital, más guapo, más fuerte, más encantador, más todo.

En lo que sí se parecían era en que ninguno de los dos intentó meterla en la conversación ni admiró su vestido ni habló de ella.

Así que en un arranque de rabieta infantil, decidió que los odiaba a los dos.

¿Ella rabieta infantil? Pero llevaba desde los ocho años siendo madura porque sus padres habían confiado en ella prematuramente debido a la enfermedad de Elana

Al cabo de un rato, se levantó y se fue a la cocina. Ninguno de los dos pareció darse cuenta. Una vez allí, pasó el dedo por la cocina de acero. Sí, se quedaba la marca.

Al volver al salón, vio las llaves de J. D. en el vestíbulo y no se lo pensó un segundo.

Mientras se alejaba en su coche riéndose como una loca poseída, vio a los dos hombres asomados a la ventana.

Inmadura. Tonta. Infantil. Vengativa

Hacía mucho tiempo que no se sentía tan feliz.

—¡Madre mía! —dijo Herbert—. Tally está muy cambiada. Y se ha ido sin despedirse No se ha despedido, ¿verdad?

—No sólo no se ha despedido sino que además, se ha llevado mi furgoneta —contestó J. D.

—¡Vaya, pues no lo entiendo! Tally no es así. Volverá. Seguramente, será que ha visto que no había leche o algo y ha ido a la tienda —recapacitó Herbert—. Es muy considerada.

J. D. pensó que Herbert no conocía a Tally en absoluto porque estaba claro que no iba a volver, no había ido a por leche y no estaba siendo considerada en absoluto.

Herbert le había caído bien, pero era un despistado increíble. Apenas se había fijado en el vestido de Tally mientras que J. D. casi se había caído de espaldas.

Una hora después, Herbert se dio cuenta de que Tally no iba a volver.

—Esto no es propio de ella —dijo disculpándola. Pero a J. D. le parecía que sí. Había esperanzas, después de todo.

—Me voy a ir —anunció—. ¿Hay un motel por aquí?

Herbert le indicó cómo llegar y J. D. se fue andando. Mientras avanzaba en la noche, pensó que Herbert era un buen tipo. No era el hombre más divertido del mundo, pero estaba bien. Era buena persona.

Desde luego, era estable, un hombre que podría darle a su hijo un hogar sólido. Se lo imaginaba perfectamente ayudándolo con los deberes y llevándolo a sus partidos de hockey el sábado por la mañana.

Debería sentirse extasiado porque Tally hubiera encontrado un hombre tan bueno,

pero no lo estaba porque Herbert era estupendo para Jed, pero no para ella.

No se había fijado en su vestido y no se había dado cuenta de que la verdadera Tally podría ser la que se había llevado la furgoneta sin avisar.

Se la imaginó riéndose al hacerlo y sonrió. Al llegar al motel, se duchó y vio la televisión hasta tarde, disfrutando del placer de estar soltero.

¿Por qué la llamó, entonces?

—Sólo llamo para ver qué tal está mi perro y mi furgoneta.

—Muy bien los dos —contestó Tally fríamente—. La horrible bestia está en la cama con Jed. Yo jamás lo habría permitido, pero Kailey sí.

—Los perros y los niños deben dormir juntos. Es la regla número tres.

—¿La regla número tres?

—Nada, déjalo. ¿Y mi furgoneta?

—Siniestro total. Me he estrellado contra un autobús. Ya te dije que tenía ceguera nocturna.

—Veo que tienes sentido del humor

—No —contestó Tally—. Buenas noches, J. D.

J. D. se dijo que no debía decírselo, pero no pudo evitarlo.

—Tally solo una cosa más.

—Dime.

—Estabas increíble con ese vestido.

Silencio y pitido. J. D. sonrió.

A la mañana siguiente, Tally había vuelto a ser la misma. Cuando llegó a su casa, se la encontró con blusa blanca y camafeo al cuello, jersey violeta y pantalones anchos negros. Para colmo, llevaba el moño de siempre, pero tan apretado que se le habían achinado los ojos.

J. D. pensó que era el atuendo más feo que había visto jamás. Seguramente, se lo ponía para dar miedo a los niños de quinto.

Había hecho la maleta y lo estaba esperando. ¿Se creía que iban a pasar tres meses en el desierto?

—¿Llevas el agua por si la furgoneta se estropea en mitad de las dunas? —bromeó.

—Como se nota que nunca has viajado con un niño pequeño —contestó Tally.

¡Ay madre, otra vez la mujer que lo tenía todo bajo control! J. D. se preguntó si en dos semanas le iba a dar tiempo de convencerla para que se soltara la melena.

Suspiró y metió el equipaje en el maletero. Tras despedirse de Kailey se pusieron en camino.

El único sitio donde la silla de Jed iba bien era junto a la ventana del copiloto, así que Tally iba pegadita a él. Tan cerca que cada vez que metía cuarta, tenía que apartar el muslo para que J. D. no la tocara.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó Jed al cuarto de hora de salir.

—No, todavía no —contestó J. D.—, pero nos lo vamos a pasar muy bien ya verás. ¿Sabes lo que es eso? —añadió mirando a Tally.

—¡Por supuesto! —contestó ella muy digna.

—A ver, dame ejemplos.

—Hacerme un ovillo en el sofá con un buen libro, que es lo que tenía planeado hacer estas vacaciones.

J. D. la miró con piedad.

—Ya lo decía yo, lees demasiado.

—Leer es bueno —apuntó Tally—. Todos los expertos infantiles afirman que la lectura es fundamental para ser alguien de provecho.

—Ya, eso es como decir: «Vamos a leer sobre gente que se lo pasa bien en lugar de pasárnoslo bien nosotros».

Tally lo ignoró y sacó unos cuantos juguetes para entretener a Jed.

Pero J. D. no estaba dispuesto a que lo ignoraran.

—No tendrás toda la vida de Jed planeada, ¿verdad?

—Claro que no, pero quiero que lea.

—Lo tienes todo planeado. ¿Qué quieres que sea? ¿Médico?

—¿Tendría algo de malo que tu hijo fuera médico?

—Un horario horrible —contestó J. D.—. Siempre trabajando entre cuatro paredes. No me parece bien, la verdad. No es de hombres.

—¿De hombres? No quiero ni imaginarme lo que significará eso para ti.

—No te preocupes ya lo verás.

Tally lo miró de reojo y se puso a leerle un libro a Jed, como si J. D. no estuviera delante, pero se dio cuenta de que ya no apartaba la pierna constantemente.

Tras escuchar dos cuentos aburridísimos sobre un niño que va a la playa y otro que tiene un caballito, J. D. no pudo evitar resoplar.

—¿Y cuál es tu idea de diversión? —le espetó Tally.

«Besarte sobre una manta en mitad de un prado. Si llevaras puesto el vestido negro, no estaría mal», pensó J. D.

—Ser espontáneo —contestó—. Por ejemplo, ¿ves esa pista de arena de ahí? ¿No te preguntas dónde llevará?

—No.

—Para leer tanto, no tienes mucha imaginación. Vamos a ver a donde nos lleva.

—No.

—Te recuerdo que ya no estás al mando —dijo J. D. metiéndose por la pista.

Al instante, se dio cuenta de Tally lo había agarrado del brazo.

—Vas muy rápido —se quejó.

—Más rápido —gritó Jed.

—¡Para! —gritó Tally—. Para. Estamos yendo en dirección contraria. No vamos hacia Dancer.

—¿Y? ¿Qué más da que tardemos un par de días en llegar? Lo importante es que

Jed y yo nos conocíamos.

—¡Conduces como un loco! ¿Y si viene un coche de frente?

—Lo vería a veinte kilómetros. ¿No ves que es una llanura?

En ese momento, dieron un salto y al golpear de nuevo el suelo, a Tally se le soltaron algunos mechones del moño y se dio con la cabeza en el hombro de J. D. Jed gritó encantado y Beauford ladró de felicidad.

—Estas vacaciones no han hecho más que empezar —anunció J. D.

—¡Estás loco! —gritó Tally.

Otro bote enorme.

Jed y J. D. se rieron mientras Tally gritaba. Y entonces, se produjo el milagro. Ella también se rió.

—Eso está mejor.

—No es que me lo esté pasando bien. Son los nervios.

Al dar una curva, vieron una manada de antílopes y se pararon a admirarlos. J. D. vio a Jed dar palmas de felicidad y a Tally con lágrimas de emoción en los ojos.

—Cuando sigues a tu corazón, siempre hay una recompensa —dijo.

—No estoy de acuerdo. Elana vivió así y eso la condujo a la tumba.

—Dejarse llevar de vez en cuando está bien. Tienes que aprender a hacerlo por Jed.

—Y tú tienes que aprender a no decirme lo que tengo que aprender.

J. D. echó la cabeza hacia atrás y se rió. Tally sonrió.

—Muy bien, lo voy a intentar —anunció.

—¿Dejarte llevar?

Tally asintió y levantó la mano.

—¿Qué?

—Conduzco yo.

—¿Vas a aprender a dejarte llevar en mi furgoneta? —dijo J. D. dándole las llaves encantado.

—Eso me temo —contestó Tally con un brillo especial en los ojos—. Fuera.

—¿Cómo?

—No voy a poner en peligro vuestras vidas para aprender a soltarme, ¿sabes?

J. D. desató a Jed y sacó a Beauford. Pocos segundos después, los tres quedaban envueltos por una nube de arena producido por el superacelerón de Tally.

—¿Qué hace la tía? —preguntó Jed.

—Sacarse los demonios.

—Tía Diablo —dijo el niño.

—Sí —rió J. D.—. Tía Diablo, muy bien dicho.

## Capítulo 6

Tally se alejó de ellos unos metros y pisó el acelerador a fondo. La furgoneta tomó velocidad rápidamente y Tally sintió un cosquilleo en el estómago. Apretó más el acelerador. Más rápido y más rápido. Al fin y al cabo, la carretera era recta.

Dio un buen salto y gritó emocionada. Frenó un poco para bajar la ventana. Sintió que el moño se le estaba deshaciendo. Volvió a acelerar. Se sentía relajada y comenzó a reírse.

—¡Bienvenida a la libertad! —gritó por la ventana.

Miró por el retrovisor avergonzada de que la hubieran oído, pero no había sido así. Se sentía completamente viva. Iba fijándose en un halcón y no vio que la carretera hacía una curva, así que de repente se encontró dando saltos de verdad.

Asustada, pisó el freno con todas sus fuerzas y la furgoneta hizo un giro de ciento ochenta grados y se quedó cruzada. Al borde de las lágrimas, se bajó y golpeó la puerta.

—No soy una aventurera —dijo en voz alta—. El leopardo no puede quitarse las manchas por mucho que quiera.

Más que un leopardo, se parecía más a Bitsy-Mitsy pero la idea era la misma.

No era conducir deprisa lo que necesitaba, sino dejar de sentir la pierna de J. D. junto a la suya. No estaba preparada para sentir lo que había sentido Deseo.

Un deseo voraz.

El deseo de besarlo y de desnudarlo, de sentirse acariciada en todos los lugares de su cuerpo que jamás habían sido acariciados.

Sólo de pensarlo se sonrojaba. ¿Cómo demonios iba a aguantar en Dancer sin entregarse a aquel deseo que representaba J. D. Turner? Una cosa eran seis horas en la furgoneta y otra varios días en la misma casa.

Miró el reloj. Llevaban menos de una hora en aquella aventura.

Era el segundo día que no lo tenía todo controlado. Había sobrevivido, pero el incidente que acababa de tener le recordó que vivir peligrosamente era peligroso.

En dos días se había saltado las normas de su edificio, se había puesto un vestido negro completamente fuera de lugar para la ocasión. Estaba prometida, pero había besado tres veces a un hombre que no era con quien se iba a casar y para colmo, sentía unas complicadas cosquillas en la tripa cuando sus piernas se rozaban.

Si no fuera por Jed, seguiría al halcón hasta el horizonte y se perdería, pero no podía hacerlo.

—No tienes elección —se dijo en voz alta.

¡Claro que la tenía! No sobre las circunstancias, pero sí sobre cómo reaccionaba ante ellas.

Pisar el acelerador a fondo había sido una tontería de niña pequeña. No era ninguna conductora de carreras ni nada por el estilo. Decidió ser, a partir de entonces, ella misma, la Tally controlada de siempre.

Se subió a la furgoneta y se puso las horquillas con tanta fuerza que se hizo daño.

Mientras conducía hacia donde había dejado a los tres machos, se dio cuenta de que tenía miedo y no era de J. D., sino de sí misma, de los secretos sobre sí misma sobre los que no quería perder el control.

Vio a J. D. y a Jed a lo lejos. Corrían tras Beauford, que llevaba algo entre los dientes. Se lo estaban pasando en grande y daba gloria verlos.

Aparcó a un lado de la pista y se quedó mirándolos. Habría incluso participado si no hubiera sido, porque el perro se acercó y Tally vio lo que llevaba entre los dientes. ¡El libro de cuentos!

De modo que así era como J. D. demostraba respeto por sus ideas y valores, ¿eh?

—Hola —la saludó cuando la vio bajar—. ¿Qué tal tu aventura?

—Casi me mato —contestó Tally—. He estado a punto de tener un accidente.

—¿Estás bien? —le preguntó agarrándola de los hombros.

Tally se dio cuenta de que ni siquiera había mirado la furgoneta. Una mujer aventurera que se hubiera soltado la melena se habría tomado su interés de manera especial, pero una que sólo quería volver a ser como era antes, no.

—Sí, no me ha pasado nada —le aseguró.

—Claro, ¿qué te iba a pasar aquí? —dijo J. D. con escepticismo.

—Había una curva y se me ha ido la furgoneta al frenar —le explicó Tally indignada.

J. D. esperó.

Tally no añadió nada más.

—¿Y cuándo viene la parte en la que casi te matas?

—Era ésa.

—Te has asustado, ¿eh?

La estaba mirando muy de cerca y estaba viendo cosas que Tally no quería que nadie viera. Su vulnerabilidad. Presintió que la iba a abrazar. Lo último que necesitaba.

—¡Claro que no! —exclamó apartándose—. Pero me he dado cuenta de lo absurdo que era estar conduciendo a toda velocidad por una pista de arena como si fuera la reina del volante. ¿Qué habría pasado si hubiera volcado? ¿Y si Jed hubiera estado dentro?

—Tienes demasiada imaginación —dijo J. D. chasqueando la lengua.

—¿Cómo me dices eso? No son imaginaciones, sino preocupaciones. Por cierto, ¿por qué has permitido que tu perro se comiera mi cuento?

—Ya veo que has vuelto con la armadura puesta y todos los pelos en su sitio. Desde luego, tienes miedo, pero no sé si por lo del pequeño trompo.

¡Era humillante que le leyera el pensamiento con tanta facilidad!

—No ha sido pequeño —protestó—. Quiero que Beauford me devuelva el cuento inmediatamente. No es buen ejemplo para Jed.

—Jed y yo hemos intentando quitárselo, pero el perro se lo estaba pasando en

grande.

—¡Ah, bueno, si el perro se lo está pasando en grande, no pasa nada! —contestó Tally con sarcasmo. Lo miró con cara de pocos amigos, la que les solía poner a los niños, pero nada. J. D. se limitó a sonreír—. ¡Beauford, dame eso! —El perro dudó—. ¡Ahora mismo!

Beauford miró a Jed con tristeza y fue hacia ella con las orejas gachas y el rabo entre las piernas.

—Buen perro —dijo Tally.

Pero cuando alargó la mano para quitárselo de la boca, Beauford hizo un quiebro y salió corriendo. Ah, no, lo último era que un perro le tomara el pelo, así que pronto se descubrió corriendo tras él gritando.

Fuera de control de nuevo. Se paró con dignidad y fue hacia Jed.

—Nos vamos —anunció—. Haga que Beauford le devuelva el libro —añadió dirigiéndose a J. D.

—A sus órdenes —contesto él cuadrándose como un militar.

Tally agarró a Jed de la mano e ignorando sus protestas, lo montó en el coche y lo ató en su silla.

Por el rabillo del ojo, vio que J. D. se acercaba al estúpido perro. Con un gesto se sentó y con otro dejó el libro en el suelo. J. D. lo recogió y se lo llevó.

Al ver que tenía saliva, Tally lo agarró de una esquina.

J. D. lo tomó y se lo limpió en la camisa antes de volvérselo a dar.

—No lo ha hecho nada —le dijo—. Ni una sola marca.

—De todas formas, es imperdonable. No me parece que sean formas de tratar los libros. No quiero que Jed aprenda estas cosas.

—Tengo otras muchas que enseñarle —contestó J. D.

—He escrito mi nombre —anunció Jed.

—¿De verdad? —dijo Tally.

Tantas tardes tirada con el alfabeto en el suelo, por fin habían dado sus frutos. Había sido con J. D. en lugar de con ella, pero estaba orgullosa de todas maneras.

—Con pipí —añadió Jed.

—¿Esa es una de las cosas que le tenías que enseñar?

—Es divertido hacerlo sobre la nieve —dijo J. D. en absoluto avergonzado—. ¿Por qué no te ocupas tú de los libros y yo de las cosas de chicos?

—Porque no.

—Venga, hombre, pero si es obvio que no sabes nada de eso.

—¿De qué?

—De eso.

—¿De qué?

—Lo sabes muy bien.

—No, no tengo ni idea.

—A ver, está claro que nunca lo has hecho y es obvio por qué.

¡Se estaba pasando! ¿Cómo había adivinado que ella nunca había hecho nada? ¿Habría sentido el deseo en su pierna? ¿Habría temblado o algo parecido sin darse cuenta? ¡Qué vergüenza!

—¿Cómo sabes lo que no he hecho nunca? —le preguntó con frialdad mientras el corazón le latía aceleradamente.

—Lo sentí en tus labios.

—Te estás pasando.

—Ya. —Lo debería haber dejado ahí, pero no pudo—. ¿Y cuál es tu teoría de por qué nunca lo he hecho? —preguntó con sarcasmo.

—Que eres una mujer tan estirada que ningún hombre en su sano juicio intentaría acercarse a ti. Eres como un puercoespín. Pinchas.

—Eso no es cierto. Estás muy equivocado.

—¿Ah, sí? Demuéstramelo.

Tally lo miró fijamente y deseó besarlo y acariciarlo hasta hacerle suplicar que hiciera con él lo que no había hecho nunca antes con nadie.

—Vaya, vaya, ¿la señorita está pensando en jugar con fuego? —se burló J. D.—. No olvides lo que te dijo tu madre ¿o fue tu profesora de quinto?: « *Te vas a quemar*».

Tally se enfureció porque tenía razón. Si lo besaba, no iba a conseguir recuperar el control de la situación sino perderlo por completo.

Sí, se iba a quemar.

—Tenemos que llegar a Dancer cuanto antes.

—¿De verdad? ¿Para qué? ¿Para afilarte las uñas?

—No, para irme a un motel y cerrarte la puerta en las narices —le espetó Tally.

—Encantado de que te lo pases bien.

Condujeron en silencio hasta la autopista.

—Jed escribe su nombre con pis —canturreó el pequeño sin darse cuenta de la tensión.

J. D. miró a la mujer que iba sentada a su lado. Iba tiesa como un palo y se había echado tanto contra la silla de Jed que había conseguido que sus piernas no se tocaran, aunque la distancia era tan pequeña que J. D. seguía notando su calor.

Estaba leyendo otra vez el cuento del niño que iba a la playa y buscando cualquier marca de los dientes de Beauford para pedir su cabeza.

J. D. suspiró. Sabía lo que había pasado, por qué había salido mal. Le había dado demasiado, demasiado pronto.

Había sido como darle una copa de champán a un niño de diez años.

Tally estaba tan enfadada como una gallina mojada. Y no debía de ser por el susto, sino porque él le había dicho que se lo pasara bien. A juzgar por su relación con Elana, para ella pasárselo bien y que se produjera un desastre debía de ser casi lo mismo.

Debía tenerlo en cuenta para la próxima vez. Debía esperar, además. Tally se

había puesto la armadura de cemento armado y no iba a ser fácil romperla de nuevo.

La oportunidad tampoco se presentó, porque se pasó todo el trayecto leyéndole cuentos a Jed e ignorando los intentos de J. D. de hablar o hacerla reír. Pararon a tomar unas hamburguesas y el niño quiso escribir su nombre en el aparcamiento tal y como le había enseñado J. D., lo que valió a éste el silencio más absoluto durante la comida y hasta que llegaron a Dancer.

Debería haberse alegrado de dejarla en el Palmtree, pero al llegar a casa se tumbó en la cama y se quedó mirando el techo.

No tenía mucho tiempo y debía decidir si por el bien de su hijo, libraba a Tally Smith de un matrimonio sin pasión.

La única manera de hacerlo era introducirla él mismo en la pasión.

Con otra mujer habría sido interesante, pero con ella iba a ser complicado, porque bajo la coraza que se ponía, había un ser sensible del que no podría alejarse como si tal cosa tras haberlo iniciado en el sexo.

Exhausto y no muy seguro de cuál era su misión, se levantó y se preparó un café. Se sentó en la mesa y sacó una hoja de papel en blanco.

Se quedó mirándola un buen rato y escribió:

Lo que debe saber una mujer.

Uno. Una mujer tiene que saber que no debe casarse por una cocina de acero inoxidable, sino por noches de pasión sinfín.

Dos. Una mujer debe saber que a un niño pequeño no le va bien tener demasiadas normas. Bueno, ni a un niño pequeño ni a nadie. Es malo para el espíritu.

Tres. Los gérmenes no suelen ser mortales. Los besos de perro son uno de los pequeños placeres de la vida.

Cuatro. Tanto los pequeños como los mayores necesitan hacer guarradas de vez en cuando.

Cinco. La vida tiene que tener sorpresas.

Leyó la lista y pensó que era más que suficiente para las siguientes dos semanas, pero no pudo evitar añadir un punto más.

Seis. Las mujeres que se casan buscando seguridad, terminan siendo unas amargadas y unas deprimidas que nunca se ríen.

¡No podía no decírselo! Debía advertirle en lo que se iba a convertir si se casaba con un hombre que no se fijaba en un vestido negro de tirantes.

La idea le asqueaba, pero se dijo que era por las consecuencias que tendría para Jed.

Sí, él, J. D. Turner tenía que enseñarle aquellos seis puntos en dos semanas. No tenía mucho tiempo. Tenía que empezar cuanto antes. Miró la hora. Las doce de la noche.

Demasiado tarde.

Pero entonces el locutor de la radio anunció algo interesante.

«No olvidemos que esta madrugada, a la una, tendremos lluvia de estrellas en Dakota del Norte», dijo.

¡Una lluvia de estrellas! ¡Providencial! A Tally no le iba a parecer apropiado, pero en la lista decía que tenía que aprender a saltarse las normas.

Silbando, J. D. preparó un termo de chocolate y fue a buscarla. Pocos minutos después, llamó a su puerta y Tally le abrió extrañada.

—¿Qué pasa? Te encantan las visitas nocturnas ¿eh? ¿Has tenido otra revelación? Desde luego que la había tenido.

—Hola —la saludó, reparando en que llevaba el pelo suelto.

Le quedaba de maravilla. ¿Por qué no lo llevaría siempre así?

—Acabo de oír en la radio que va a haber lluvia de estrellas dentro de poco y he pensado que Jed no debería perdersela.

—Jed tiene cuatro años —objetó Tally—. Está durmiendo.

—Podríamos envolverlo en una manta. Hay cosas en la vida que hay que ver. ¿Te acuerdas de esa película en la que unos niños ven un cohete ruso pasar por encima de su casa y les cambia la vida para siempre?

—¿Me estás diciendo que esta noche va a cambiar la vida de Jed? —se burló Tally.

Pero J. D. vio que su mirada se había enternecido y supuso que la película le había gustado.

—Podría ser —contestó.

«Si te puedo cambiar a ti, su vida, desde luego, cambiará para siempre», pensó.

—No sé

—He traído chocolate caliente —insistió J. D.

—Bueno, por una vez, supongo que no pasa nada. Como si fuera Nochebuena.

—Exacto. Si quieres, mientras tú sirves el chocolate yo pongo las sillas —dijo girándose antes de que cambiara de opinión.

Era importante el hallazgo que había hecho. Por la noche, Tally tenía la guardia más baja que de costumbre.

El Palmtree tenía muebles de exterior de plástico y a J. D. no le costó demasiado encontrar un par de sillas blancas y ponerlas frente al bungalow de Tally.

Llamó a la puerta y entró. Tally estaba poniéndole a Jed un chocolate con leche. Se había puesto un jersey gordo sobre el camisón que a cualquier otra persona le habría quedado horrible, pero a ella no.

—Tú vete a por Jed, que yo saco el chocolate.

J. D. miró a su hijo durmiendo y sintió algo muy fuerte, un sentimiento de amor y protección, de querer cambiar el mundo para que jamás sufriera.

—Es precioso, ¿verdad? —dijo Tally colocándose junto a él.

J. D. la miró y se quedó impresionado. Sentía lo mismo por ella que había sentido al mirar a Jed.

Aquello lo dejó anonadado.

¡Pero si era estirada, controladora y no tenía sentido del humor!

Ya, pero viéndola cómo estaba mirando a su sobrino, con qué amor y ternura, J. D. comprendió que estaba viendo a la verdadera Tally como cuando la había visto con el vestido negro o riéndose.

Se mostraba estirada para defenderse, pero ella no era así.

Por primera vez desde que se había embarcado en aquella misión, tuvo miedo de no poder con la verdadera Tally Smith cuando estuviera completamente suelta.

Buena prueba de ello era que deseaba besarle la punta de la nariz y decirle que todo iba a salir bien, pero se limitó a tomar a Jed en brazos.

¡Qué poco pesaba! ¿Cómo era posible que un ser tan pequeño le hubiera cambiado la vida y el futuro?

Salió al porche y se sentó en una de las sillas con Jed dormido en un brazo y una taza de chocolate en la otra mano.

Tally se sentó a su lado.

—¡Qué bonito! —exclamó.

Y lo era. J. D. pensó que estar allí viendo la lluvia de estrellas en el aparcamiento del Palmtree en una silla de plástico con un niño en el regazo y una mujer guapa a su lado era el momento más feliz de su vida.

—J. D. —dijo el niño abriendo los ojos.

Al oír el tono emocionado en el que lo había dicho, J. D. se preguntó cómo había podido vivir hasta entonces sin él.

—Hola, compañero.

—¿Y el perro?

—Está en casa.

Jed se metió el dedo en la boca y se puso a mirar el cielo también. Entonces, J. D. sintió que una canción le nacía de dentro y se la cantó a su hijo.

«Annabel era una vaca preciosa ».

Jed sonrió y se apoyó en su pecho.

—Bien —dijo cuando su padre terminó de cantar.

Tally estaba sonriendo.

Se lanzó a explicarle al niño que iban a ver una lluvia de estrellas y que podía pedir deseos.

J. D. pensó que de haber podido pedir uno, el más grande del mundo, hubiera pedido exactamente estar donde estaba.

¿No sería que su misión en la vida no era cambiarla a ella sino cambiar él? ¿No se estaría perdiendo lo realmente importante por haberse negado a casarse y a formar una familia?

Debía de ser la falta de sueño lo que le estaba haciendo plantearse semejantes locuras.

—¿Sabes cuáles son las constelaciones? —le preguntó Tally.

—Sí, bueno, sólo las más conocidas —contestó él—. La Osa Mayor, la Osa Menor, Orion

—Ojalá tuviéramos un telescopio —dijo Tally soñadora bebiendo chocolate y quitándose los restos con la lengua.

Al observarla, J. D. sintió como una lluvia de estrellas dentro de él.

Entonces, empezó la lluvia de estrellas. Jed miraba con los ojos muy abiertos y gritaba cuando veía una muy grande caer. En un mundo de efectos especiales impresionantes, aquello no tendría que haber sido para tanto, pero lo fue.

Cuando terminó, los tres se quedaron muy quietos.

—Está dormido —anunció J. D.

—No va a olvidar esta experiencia en su vida —contestó Tally—. Gracias.

J. D. pensó que él tampoco lo iba a olvidar y se dio cuenta de que aquello no formaba parte de su plan. ¿Y si se echara hacia delante y aprovechara aquel momento de ternura? No, aquello podía cambiar su vida para siempre y no era eso lo que quería.

A él le gustaba su vida tal y como estaba. El plan era cambiar la de Tally así que le entregó a Jed, ignoró su cara de asombro y se fue.

—Ha estado muy bien. Hasta mañana, que duermas bien.

## Capítulo 7

—Ha estado muy bien. Hasta mañana, que duermas bien.

Tally se quedó mirando la furgoneta de J. D. con la boca abierta.

¡Cretino! La noche había sido maravillosa, había habido algo en el aire que no había tenido nada que ver con la lluvia de estrellas y él se iba así. ¿Por qué? Así, sin más.

Se levantó con Jed en brazos y se metió en el bungalow. Tras arrojar al niño, se metió en la cama. Era muy tarde y ella, que no solía trasnochar jamás, debería estar exhausta.

Sin embargo, no podía dejar de pensar en J. D. Turner mirando hacia el cielo con Jed en el regazo, recordó su voz mientras le cantaba aquella canción de la vaca a su hijo y le pareció que sus rasgos faciales se dulcificaban a la luz de la luna.

—Me voy a casar con otro hombre —dijo en voz alta incorporándose en la cama—. ¿Por qué estoy pensando en J. D. Turner?

No era su prometido, no era el hombre con el que se iba a casar.

Decidió que debía tomar medidas drásticas. Tenía que hacer un análisis de la realidad. Su realidad era Dogwood Hollow, enseñar a los niños de quinto, Herbert Henley y su ferretería y por supuesto, su cocina de acero inoxidable.

Aun a sabiendas de que Herbert no se iba a dar cuenta de la importancia del acto, descolgó el teléfono y lo llamó.

Estaba a punto de colgar cuando su voz somnolienta contestó.

—Hola, Herbert, soy Tally.

—¿Tally? ¿Te pasa algo?

—No, sólo quería oír tu voz.

—¡Ah! Al ver la hora que es, creía que había pasado algo

—No, sólo es que te echo de menos —dijo Tally poco convencida.

—Ah, ya.

¿Y qué esperaba a las dos de la madrugada? La verdad era que estaba esperando que le dijera: «*Yo también te echo mucho de menos*».

—¿Qué tal el viaje? —preguntó Herbert tras un largo silencio.

¿Tenía que preguntar eso? ¿Qué le iba a decir: Tuve un salvaje momento de libertad y me da miedo volverme adicta de momentos así?

—Bien —contestó.

Tally se preguntó si sus conversaciones siempre eran así de aburridas.

¡Claro que no!

—Estaba pensando que deberíamos poner fecha.

—¿Fecha? —dijo Herbert.

—¡Para la boda! —exclamó casi histérica.

—¡Ah, eso! No hay prisa, ¿no?

Tally tuvo la repentina sensación de que sí, había mucha prisa porque, si no

estaba completamente comprometida con otro hombre, temía que sucedieran cosas espantosas.

—Había pensado que tal vez, deberíamos consolidar nuestra relación —sugirió dándose cuenta de que aquello no era nada romántico.

—¿Y no podríamos hablar de ello en otro momento? —dijo Herbert.

¿Había sido pánico lo que Tally había advertido en su voz? No, claro que no. Simplemente era muy tarde y estaba durmiendo.

—¿Qué te parece en otoño?

—¿Este otoño? —exclamó Herbert.

—¿Invierno? ¿Primavera?

—Tally no sé qué te pasa, pero esto no es normal en ti.

—Lo sé.

—¿Por qué no hablamos cuando vuelvas?

—Muy bien.

—Adiós, cariño —se despidió Herbert colgando apresuradamente.

¿Le había dicho alguna vez a su prometido que lo quería? No lo recordaba, pero creía que no. Su relación no era así, no era de flores, besos robados y llamadas de medianoche.

Se dio cuenta de que no le había dicho que lo quería porque no lo quería. Le caía bien y lo respetaba, pero no lo quería.

—Lo estoy utilizando —dijo avergonzada.

¿Por qué? Porque era el hombre más estable de los que conocía, porque era el menos proclive a cometer locuras y a hacérselas cometer a ella.

Porque, por supuesto, temía que siendo hermana de Elana, la locura estuviera acechándola a la vuelta de la esquina. De hecho, le parecía sentirla ya y había sido por culpa de J. D. Turner, que le había puesto la vida patas arriba.

Lluvia de estrellas a medianoche, carreteras rectas en las que pisar el acelerador, besos

¿Por qué había recordado sus labios?

Eso sí que la volvía loca.

Completamente, a juzgar por lo que hizo a continuación.

—¿Sí?

No contestó inmediatamente. Dejó que su voz acariciara su oído y descargara un latigazo eléctrico por su espalda.

—Hola, Tally.

—¿Cómo sabes que soy yo?

—Simplemente, lo sabía —contestó J. D. con voz sensual.

Sí, no había discusión posible, tenía una voz de lo más sensual.

—Pues no sé por qué, porque no soy de esas mujeres que se dedican a llamar en mitad de la noche —protestó.

—¿Sabes qué? No creo que ni tú ni yo sepamos qué tipo de mujer eres.

—¡Yo sí! —contestó aunque lo dudaba.

—Me alegro de que hayas llamado. La vida necesita sorpresas.

Tally sí que estaba sorprendida. El hombre que debía haberse alegrado de su llamada se había mostrado apagado y J. D., que no tenía por qué estar contento, lo estaba.

—¿Y qué tal? —le preguntó.

Tally se lo imaginó sentado en la cama, poniéndose un almohadón bajo la espalda para hablar con ella cómodamente.

De repente, se dio cuenta de que no se había imaginado en absoluto a Herbert. Seguro que llevaba un pijama de franela y había estado haciendo crucigramas hasta dormirse.

Y seguro que J. D. estaba desnudo.

—Bueno, hasta luego —dijo sonrojándose de pies a cabeza.

—¡Eh, un momento! ¿Has llamado para algo en concreto?

—Para decirte que Herbert y yo vamos a poner fecha —mintió.

Silencio.

—¿Y no me lo podrías haber dicho mañana por la mañana?

—Bueno, la verdad es que no te he llamado para eso —confesó—. He llamado para darte las gracias por la lluvia de estrellas porque sé que Jed no la va a olvidar en su vida.

—De nada, ha sido un placer.

—Bueno, buenas noches.

—Buenas noches, cariño.

—Te he dicho que no me llames así.

J. D. se rió.

—Se me habían olvidado tus reglas. ¿No has pensado nunca que tienes demasiadas?

—No.

—¿Cómo pretendes que un hombre las recuerde todas?

Algo iba mal. Herbert le había colgado el teléfono en cuanto había podido y ella no se podía librar de J. D.

¡Y para colmo la llamaba «cariño»! Tally sabía que no quería decir nada, por supuesto, peor era agradable estar acurrucada entre las sábanas mientras un hombre de voz grave y profunda la llamaba a una así.

—Te tengo que dejar.

—Claro, gracias por llamar. Por cierto, ¿qué fecha habéis elegido?

—Todavía ninguna. Te he dicho que vamos a hacerlo, pero todavía no lo hemos hecho —contestó pensando que debía colgar. Pero no lo hizo y él tampoco. —¿Qué tienes pensado hacer mañana? —preguntó Tally al cabo de un rato—. Lo digo para saber qué ponerme.

—Había pensado en hacer guarradas.

Tally tragó saliva. Lo había llamado de madrugada y él se debía de haber creído que estaba buscando guerra.

—Ponte algo apropiado —añadió antes de colgar.

Tally se quedó mirando el auricular y colgó también.

¿Guarradas? ¿Y el niño? ¿En qué estaría pensando J. D.?

Tally intentó indignarse, pero lo cierto era que estaba encantada.

J. D. miró al techo encantado. Tally Smith lo había llamado en mitad de la noche, lo que quería decir que estaba aprendiendo que las reglas estaban para saltárselas.

No estaba todo perdido.

Tally sabía relajarse al fin y al cabo. Sí, cierto, pero en cuanto la había visto tranquila y cómoda tras la lluvia de estrellas había salido corriendo.

Le daba más miedo esa Tally que la Tally estirada y constreñida.

Se preguntó si no estaría jugando a un juego cuyo final no iba a poder controlar.

No, claro que no.

Había llamado. Increíble progreso. No podía tirar la toalla ahora. Incluso se había mostrado intrigada cuando le había dicho lo de que iban a hacer guarradas.

Un par de semanas más y podría devolverla a su casa seguro de que había aprendido todo lo que una mujer debía saber.

¿Y para qué quería que se fuera a casa? ¿Para que un hombre aburrido y soso echara por tierra lo que a él tanto tiempo le había costado sacar?

¿Tally Smith y Herbert Henley iban a fijar la fecha de su boda?

¡Qué horror! No quería plantearse por qué le parecía un horror y por qué sentía un quemazón en el pecho que lo llevaba a querer romper, tirar o golpear algo.

Por si aquello no fuera suficiente, no se le ocurrió otra cosa mejor que imaginarse a Tally con Herbert en la cama.

Aquello lo enfureció, pero consiguió calmarse y se preguntó qué habría querido decir la llamada de Tally.

Sin dudarle, llamó a información y le dieron el número que deseaba.

—¿Herbert? No, no te preocupes. A Tally no le pasa nada. Es solo que como soy nuevo en esto de ser padre, estoy preocupado por varias cuestiones y quería hacerte unas preguntas. Por ejemplo, ¿qué le vamos a decir a Jed cuando Tally y tú os caséis?

Pausa.

—Ah, así que no os vais a casar dentro de poco, ¿eh? ¿No le digo nada entonces? Ah, muy bien, muy bien. Era lo único lo que quería saber —dijo colgando.

Más tranquilo, decidió dormir. Mientras daba vueltas en la cama, se dio cuenta de que Herbert no quería a Tally. Era obvio. No le importaba que otro hombre llamara a las tres de la madrugada para hablar de su boda, no le importaba que su prometida se fuera con ese mismo hombre un par de semanas.

También era obvio que para poder entender los puntos uno y seis de su lista, Tally iba a tener que dejar a Herbert.

A la mañana siguiente, se presentó a buscarla con comida preparada y se encontró con que para variar, Tally no había seguido sus indicaciones.

Le había dicho que se vistiera para hacer guarradas. Él llevaba los vaqueros más viejos que tenía, los de la rodilla rota y el trasero desgastado, porque iban a una piscina de barro. ¡Y ella de blanco!

Llevaba una camisola blanca con unos pantalones apretados del mismo color que realzaban su espléndida figura.

Se había soltado el pelo y ¿qué se había hecho en los ojos? Sí, se los había pintado de forma que parecían enormes.

Herbert estaba loco. ¿Iba a permitir que la mujer que iba a ser como la madre de su hijo se casara con un loco?

Jed corrió a sus brazos y J. D. le dio vueltas para deleite del niño, que no paraba de reírse.

—¿Listos para una pelea de barro? —les preguntó poniendo la furgoneta en marcha.

—¿Para qué?

—Para derrapar con el 4 x 4 por el barro —contestó J. D.—. Ya te dije que íbamos a hacer el guarro.

Tally lo miró horrorizada y se sonrojó.

—¿Creías que me refería a otra cosa?

—¡No digas tonterías! —contestó Tally.

J. D. no la creyó. Tally Smith había creído que iban a hacer guarradas y se había vestido para la ocasión. Eso quería decir que sabía que Herbert era un error. ¡Lo sabía!

¿Pero estaba dispuesta a hacer el salvaje con él? ¿Con J. D. Turner?

¿Y de dónde había sacado la idea de que «guarradas» se aplicaba a las maravillosas cosas que hacían un hombre y una mujer?

¡La lista de cosas que tenía que aprender, en lugar de acortarse, se alargaba!

Se hizo un incómodo silencio en la furgoneta que sólo cortaban los suspiros de Beauford y los besos de Jed al perro.

Al salir de Dancer, tomaron una carretera secundaria y atravesando un prado, llegaron a una depresión del terreno donde había un montón de barro.

—Es aquí —anunció J. D.

—Qué bonito —dijo Tally como si estuviera pensando en otra cosa.

—Sí, se ha formado porque hay un manantial debajo —le explicó J. D. como si fuera un guía turístico.

J. D. se dio cuenta de que había herido sus sentimientos. Tally estaba haciendo todo lo que él decía. Se estaba comportando como una loca. ¡No había más que ver cómo se había vestido!

Y él estaba muerto de miedo.

Puso la furgoneta en 4 x 4 y se lanzó al medio del barro dispuesto a demostrar que

él no tenía miedo de nada.

Aquello siempre le había parecido divertido, pero hoy sólo podía pensar en que sus hombros se estaba rozando y en la cara de Tally.

La cara que tenía por su culpa.

Sí, había cometido un error, pero estaba a tiempo de solucionarlo, ¿no? Podían comer en el césped y mientras Jed jugara con el perro, podían hacer el guarro tal y como ella lo había entendido.

¡No, de eso nada! Tally Smith jamás se perdonaría a sí misma ni a él que la situación se les fuera de las manos.

¿Cómo había llegado a aquellos pensamientos?

Sacó el vehículo del barro y extendió una manta sobre el césped, Jed se apresuró a lanzarse hacia el barro y Tally sacó un libro de su bolso y procedió a ignorarlo.

J. D. siguió a su hijo hasta la orilla, le quitó los zapatos y le remangó los pantalones.

—Mira —le dijo dejando la marca de su mano sobre el barro.

Tras haber hecho lo mismo con las patas de Beauford, el niño lo entendió y lo imitó encandilado. A continuación, se metieron en el barro hasta las rodillas y Jed comenzó a reírse encantado.

—¿Qué demonios estás haciendo?

J. D. se giró y se encontró con Tally de muy mal humor.

—Estamos haciendo guarradas —contestó—. Es cosa de chicos.

—Crece un poquito —le espetó—. Eso es una guarrada. Está lleno de gérmenes que no son buenos para Jed. Le van a salir papilomas, lo he leído.

—Ya sabes lo que opino sobre tus lecturas.

—Jed —dijo Tally con dulzura—, ven aquí, cariño. La tía te va a limpiar.

Jed la miró sin decir nada. Acababa de aprender los placeres de hacer el guarro y no quería que lo limpiaran.

—Venga, Tally en lugar de ser una aguafiestas, únete a nosotros —dijo J. D.—. Te va a gustar. Es una gozada sentir el barro entre los dedos de los pies.

—Vaya, así que la aguafiestas soy yo, ¿eh?

—No es culpa mía que hayas malinterpretado mis palabras cuando te dije lo de hacer guarradas. De verdad, me has sorprendido.

—¡No te malinterpreté!

—Ya, por eso te has vestido de blanco, ¿verdad? Por cierto, el sexo no es algo guarro, para que lo sepas y jugar con el barro no es ni la mitad de divertido.

—No creo que debamos tener esta conversación delante de un niño de cuatro años.

—Menuda excusa. Venga, quítate los zapatos y métete.

—Nunca.

—Nunca es la última palabra que deberías decirle a un Turner.

Qué más daba. Ya peor concepto de él no podía tener.

—Vamos, Jed, vamos a que la tía te limpie.

El niño obedeció y cuando estuvieron cerca de Tally J. D. lo soltó y apresó a su tía. Tally tomada por sorpresa, no tuvo oportunidad de huir.

¡Oh, Dios mío, qué maravilla sentirla en sus brazos!

—Suéltame —gritó Tally.

—No. Te dije que íbamos a hacer guarradas y té puedo asegurar que así va a ser.

—Voy a gritar.

—Muy bien, no te va a oír nadie.

Al llegar a la orilla, Tally se agarró a él con fuerza. J. D. le quitó los zapatos y los calcetines. Tenía unos pies preciosos y se preguntó si Tally consideraría «*guarro*» que se los besara. No lo hizo.

—Te voy a bajar. Siente el barro.

—¿Y si hay cristales o metales retorcidos?

—¿O monstruos? —se burló J. D.

—Son los mejores pantalones que tengo. Me los vas a destrozar —protestó.

—Te compraré otros.

«Y una cocina entera de acero inoxidable si eso evita que cometas un gran error», pensó.

—¡No! —gritó viendo el barro cerca.

J. D. la dejó sobre la superficie, que se hundió bajo sus pies.

—¡Qué asco! —exclamó Tally.

A los pocos segundos, le cambió la cara.

—Te gusta, ¿eh?

—No.

—Ya tienes las orejas rojas.

Tally cerró los ojos y sonrió.

—¿Por qué no me habías dicho lo gozoso que era?

## Capítulo 8

¿Por qué no se lo había dicho? El barro estaba caliente. Tally cerró los ojos. El placer de sentir el barro era increíble. Abrió los ojos y vio que J. D. la observaba sonriente.

Aquello era demasiado. Sintió que había perdido la batalla.

—¿No te había dicho que el manantial era de agua caliente? —preguntó él con fingida inocencia.

—No, se te debe de haber olvidado —contestó Tally remangándose los pantalones hasta debajo de la rodilla para meterse un poquito más en el barro.

Sentirlo en las pantorrillas se le antojó casi erótico. Se preguntó cómo sería desnudarse y sentirlo por todo el cuerpo.

—¿Qué pasa con los gérmenes? —le preguntó J. D.

—A veces, hay que vivir peligrosamente —contentó Tally.

—Peligrosamente —repitió Jed.

El niño estaba sentado en la orilla y Beauford tenía la cabeza apoyada en su regazo. Los dos iban bien vestidos, con ropas caras. El único que había ido apropiado era J. D., pero no iba a librar de los efectos del barro pues cuando se montaran en su furgoneta se la iban a dejar perdida.

Prefería no pensar en ello en aquellos momentos.

Suspiró y se dejó llevar.

Se olvidó de las preocupaciones, se olvidó del control, se olvidó del futuro y de Herbert y del pasado y de Elana.

Se olvidó de comportarse como correspondía a una profesora de quinto curso tutora legal de un niño de cuatro años.

Entonces, dejó que su yo curioso y explorador aflorara. Miró a su alrededor, a todo lo que había por descubrir y sintió una energía renovada y unas enormes ganas de reír.

Comenzó a mover los brazos y a remover el barro con los pies por el simple placer de hacerlo. Entonces, decidió que había llegado el momento de hacer algo con la estúpida sonrisa de J. D.

Debía de creerse que había ganado, que la estirada profesora se había soltado la melena.

Y era cierto, pero tenía que aprender que iba a tener que pagar un precio por la victoria.

Se agachó, tomó barro y se lo lanzó. Le dio de lleno en el pecho y se rió de su cara. ¡Lo había sorprendido!

J. D. evaluó los daños y la miró. Tally le sacó la lengua.

Y J. D. se abalanzó sobre ella. Tally hizo lo único que podía hacer. Tirarle más barro y huir a toda prisa, que no era mucha pues no era fácil correr en el barro.

Al poco rato, estaba exhausta y muerta de risa.

Jed, desde la orilla, reía y saltaba.

Entonces, Tally comprendió el regalo que tenía para su sobrino.

Nada de seguridad ni de respetabilidad.

No, lo que debía darle era la capacidad de disfrutar de la vida y de todas las sorpresas que lo aguardaban.

Sudada como nunca se habría permitido estar, miró a su oponente y se cuadró para hacerle frente.

—Te pareces a Quasimodo —se burló J. D.

Aquellos los hizo reír a carcajadas. ¡Qué vital era la risa de J. D.! Tally decidió que sonaba exactamente igual que su libertad.

J. D. formó una bola de barro y fue hacia ella, pero no le dio tiempo de tirársela pues Tally se tiró a sus rodillas y lo derribó.

Al instante, se dio cuenta de que estaba sobre él, pecho con pecho, tripa con tripa y se dijo que la antigua Tally se habría apresurado a incorporarse, pero no ella.

—Me parece que hay gente que paga por ver esto —dijo la nueva Tally sintiendo el barro por todo el cuerpo.

No hizo ademán de moverse y J. D. la abrazó. Entonces, el mundo se paró. Los pájaros dejaron de cantar y la risa de Jed se oía muy lejos. Lo único que Tally sentía era el corazón de J. D.

Lo miró a los ojos y supo que de no haber sido por la intervención de Jed y de Beauford, se habrían besado.

Su sobrino llegó corriendo y tirando bolas de barro y ella huyó fingiendo que le tenía miedo, se resbaló y volvió a caer al barro.

Estaba cubierta de barro de pies a cabeza. Tenía barro en el pelo y en la cara. J. D. se acercó sonriente y le tendió la mano.

Tally la aceptó, pero en lugar de levantarse, tiró de él hacia abajo y lo volvió a derribar. Riendo, se levantaron de nuevo mientras Beauford corría a su alrededor y Jed les tiraba bolas de barro.

J. D. tomó al niño en brazos y se lo puso a hombros.

—¡A por ella! —gritó Jed feliz. Tally comenzó a correr y mientras la perseguían, se dio cuenta de que nunca había visto a su sobrino tan encantado. Jamás había jugado así con él, sin límites, sin reglas.

Le había leído cuentos y habían tocado instrumentos de música especiales para su edad, le había enseñado el alfabeto e incluso lo había llevado a museos.

Pero nunca había compartido con él algo como lo que estaba compartiendo en aquellos momentos. Era el precio que debía pagar por querer tenerlo todo siempre bajo control. Un precio demasiado alto.

Lo miró, gritando a hombros de J. D. y pensó que jamás lo había visto tan radiante. Estaba cubierto de barro y tenía los pantalones destrozados, pero no importaba.

J. D. consiguió alcanzarla y la tiraron al suelo. A continuación, padre e hijo la

cubrieron de barro. Tally no podía parar de reírse. Le dolía la cara de tanto reírse.

Luego, hicieron lo mismo con J. D. y con Jed. Incluso lo intentaron con Beauford, pero el perro huyó despavorido mientras los tres humanos, que se habían vuelto locos, lo perseguían gritando y riendo sin parar.

Dejaron a Beau por imposible y se sentaron en la orilla para hacer un castillo de barro. Tally se preguntó si se había sentido alguna vez en la vida tan relajada y libre. Jamás se lo había pasado mejor, jamás había tan ella misma.

Miró a J. D. y supo que había sido gracias a él. No sólo porque la hubiera llevado a aquel lugar sino por sí mismo. Tenía la impresión de que ir a hacer la compra con él tenía que ser divertido.

Cuando estaba con él, tenía ganas de cantar, se sentía viva y feliz y no tenía fuerzas para luchar contra ello.

No sabía qué le deparaba el futuro. Seguramente, casarse con Herbert, pero tenía que aprovechar lo que tenía en aquellos momentos, el presente.

Al final, agotados, se tumbaron al sol. Jed no tardó en dormirse. Cuando el barro se secó, J. D. se acercó y le quitó un pegote de la cara.

—Te doy un penique por lo que estés pensando.

—Inflación —contestó Tally—. Mejor un dólar.

J. D. se metió la mano en el bolsillo y sacó un dólar canadiense.

Tally fingió morderlo y se lo guardó con una sonrisa.

—Estaba pensando en que voy a tener que tirar la ropa a la basura.

—Mentirosa.

—Y que tu furgoneta va a quedar hecha un asco.

—¿Más mentiras?

—¿Cómo lo sabes? Y no me digas que porque tengo la nariz y las orejas rojas porque las tengo cubiertas de barro y no me las ves.

J. D. le apartó un mechón de pelo de cara.

—Cuando estás preocupada, se te forman unas arrugas aquí —dijo tocándole el ceño—. Ahora no las tienes. Pareces feliz, Tally Smith.

—Es cierto —suspiró ella—. Estoy feliz.

—No has sido muy feliz en la vida, ¿verdad?

Tally lo miró. Nadie nunca se había preocupado de si había sido feliz o no. No estaba acostumbrada a apoyarse en otras personas, sino a que otras personas se apoyaran en ella.

No le contaba a los demás sus problemas. Eran los demás los que le contaban sus problemas a ella.

Por eso, la sorprendió encontrarse contándole a J. D. lo que había supuesto ser la hermana de Elana.

—Siempre pensé que si me dejaba llevar, si hacía el tonto o era inmadura, terminaría como ella —concluyó con tristeza—. Loca, descontrolada, con la vida hecha trizas.

—Había algo de bello en su locura —apuntó J. D.

—Sí, ¿verdad?

J. D. asintió.

Aquello equivalía a perdonar a Elana a pesar del daño que le había hecho, a pesar de haber desaparecido sin decir nada, a pesar de no haberle contado que tenía un hijo.

Tally sintió ganas de llorar.

—Bueno, ahora todo eso ya no importa —dijo intentando cambiar de tema.

—¿Cómo que no? —insistió J. D.—. Claro que importa. La recuerdas constantemente y tienes a su hijo contigo. No te guardes nada, Tally. Suéltalo.

—La echo mucho de menos —confesó—. Cuando estaba bien, no había nadie como ella.

—Lo sé. Yo la conocía estando bien y estaba tan llena de vida y de energía que cuando entraba en un lugar lo llenaba con su presencia.

—¿Te arrepientes de haberla querido?

J. D. miró al cielo y luego, la miró a ella.

—He estado enfadado mucho tiempo con ella —contestó acariciándole la mejilla con un dedo—. No hacía mucho tiempo que nos conocíamos, pero yo estaba convencido de que era la mujer de mi vida porque me hacía sentir vivo, me hacía sentir que todo era posible.

Tally se imaginó a su hermana allí con ellos. Le habría encantado correr entre el barro.

—No se despidió —dijo J. D.—. Se fue sin más. Supongo que fue entonces cuando decidí que había nacido para ser soltero.

Tally se moría por decirle que no opinaba lo mismo, que lo había visto con Jed y que sería una pena que no tuviera una familia, pero no dijo nada porque no quería que se casara.

Iba a tener que verlo durante toda la vida. ¿Qué sentiría cuando fuera a ver a Jed acompañado por su esposa?

Se moriría de celos. La antigua Tally nunca lo habría reconocido, pero la nueva no tenía reparos en decírselo a sí misma.

—Ya no la guardo rencor —añadió J. D.—. Tengo un hijo y te he conocido gracias a ella. Por primera vez en mi vida, miro a mi alrededor y me parece que las cosas son exactamente como deberían ser.

Sus palabras y su bondad no hicieron sino acrecentar el sentimiento que Tally acababa de descubrir que tenía hacia él.

—Pagaría mucho más que un dólar por lo que estás pensando ahora —dijo dándose cuenta de que estaba muy callada.

Tally no se lo iba a decir. Le costaba respirar. La verdad era aterradora.

Lo quería. Estaba completa y locamente enamorada de él. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué?

Se dio cuenta de que desde que había visto su fotografía, se había sentido atraída

por él porque había sospechado que era el hombre que podía salvarla de sí misma y por eso, había ido a buscarlo.

—Debe de ser hora ya de irse —dijo incorporándose.

—No hagas eso, Tally.

—¿De qué me hablas?

—Lo sabes perfectamente. No vuelvas a ser la de antes, esa que finges ser porque te da miedo dejarte llevar y ser tú misma. Tú no eres tu hermana. Es mejor para Jed que seas libre, natural, tú misma.

Jed. Su sobrino le recordó que aquel hombre iba a formar parte de su vida durante muchos años. Por eso, no podía decirle lo que sentía por él. ¿Y si se reía? No, no se reiría. Sería todavía peor. Sería caballeroso y amable y su relación sería siempre rara.

—No sé de qué me hablas —contestó limpiándose la camisa—. Madre mía, cómo me he puesto.

—Por favor, no.

¿Qué elección tenía? ¿Cómo le iba a decir que se había dejado llevar y que se había enamorado de él? ¿Habría alguna posibilidad de que él sintiera lo mismo por ella? Por supuesto que no. Era miembro honorario del club aquel de solteros y si algún día se casaba, seguro que no era con una chica como ella.

J. D. le tomó la cara entre las manos y la besó. Todo el control que Tally llevaba toda la vida intentando tener se evaporó de pronto, así que le mordisqueó el labio inferior con gusto y lo saboreó.

La lengua de J. D. exploró los contornos de su boca, bajó por su cuello y volvió a sus labios. A continuación, fue el turno de Tally. Hasta que los dos estuvieron jadeando.

De deseo.

De pasión.

Y de lo que más miedo les infundía: de esperanza.

J. D. estaba perdiendo el control. La deseaba más de lo que jamás había deseado a una mujer. Aquellos labios tan dulces y jugosos

Tally Smith, estirada y constreñida, era una mujer guapa capaz de disparar la fantasía de uno. Tally Smith, con el pelo suelto y la ropa pegada al cuerpo, con la cara llena de barro y los ojos brillantes, era sencillamente irresistible.

J. D. intentó parar, pero era como un caballo desbocado al que hubieran tenido demasiado tiempo encerrado.

Debía pensar en lo ocurrido.

Sus vidas iban a estar unidas hasta que su hijo fuera adulto. ¿Podían arriesgarse a complicarlo? ¿Podían pararlo?

No, no parecía una posibilidad. Menos mal que Jed eligió ese momento para abrir los ojos, mirarlos y volverlos a cerrar.

J. D. se apartó, miró a Tally anonadado y desorientado. Con cada beso su deseo se había ido haciendo más y más fuerte.

De repente, se encontró cara a cara con su arrogancia. Todo aquel tiempo se había dicho que tenía que enseñar a Tally lo que una mujer debía saber.

¿Y un hombre? ¡Ni siquiera estaba seguro de lo que debía saber un hombre!

Se pasó las manos por el pelo.

—Deberíamos quitarnos esta ropa cuanto antes —dijo. Y se sonrojó. No podía. Él jamás se sonrojaba—. No he querido decirlo en ese sentido —aclaró.

—¿En qué sentido? —preguntó Tally haciéndose la inocente.

—Lo que quería decir es que deberíamos irnos a mi casa. A ducharnos. Por separado, claro —añadió sonrojándose todavía más.

Tally sonrió dándole a entender que ella tenía muy claro lo que quería hacer. J. D. no se había llevado la lista. ¿Qué iba a hacer después de haberle enseñado lo de los gérmenes?

Estaba tan nervioso que se puso a hablar sin ton ni son.

—Te puedes poner ropa mía y lavaremos esto y haremos una barbacoa Sí, filetes para cenar, ¿eh? Si te apetece, podemos ver una película de vídeo.

Aquello sonaba a cita. ¿Le estaba pidiendo una cita? Sí, lo cierto es que eso era exactamente lo que estaba haciendo.

Le iba a hacer la cena e iban a ver una película juntos y seguramente se agarrarían de la mano y a lo menor, se volvían a besar.

Dependía. Si encontraba la lista, tal vez, podría volver a la misión original. Pero sólo tal vez. En cualquier caso ya no sabía cuál era su misión exactamente ni para qué servía.

## Capítulo 9

Al llegar a su casa, J. D. miró por la cocina a ver si encontraba la lista, pero no estaba allí. Miró en la mesa y sobre la encimera, pero nada. Lo que sí estaba era el motor. Frunció el ceño.

—Pasad vosotros primero al baño —dijo galantemente.

Así tendría tiempo de encontrar la lista y sacar el motor de la cocina.

—¿Tienes algo que me pueda poner?

J. D. la miró y sonrió. Tenía la ropa negra, pegada al cuerpo. Y qué cuerpo.

—Seguro que encontramos algo —dijo olvidándose de la lista.

Entró en su habitación, por la que parecía que hubiera pasado un tornado. Había ropa por el suelo, la cama estaba sin hacer y la manta sobre la que dormía Beauford estaba sucísima.

Se puso a hacer la cama como un loco, pero se paró de repente. ¿Para qué? Tally no iba a entrar allí. Lo que quería era ropa.

Y limpia a poder ser.

Abrió el armario y tomó los vaqueros más nuevos que tenía. Le iban a estar muy grandes, obviamente y los iba a tener que llevar a la tintorería después de que Tally se los hubiera puesto, porque sólo pensar que probablemente, se los iba a poner sin ropa interior

No quería ni pensarlo.

Ya que iba a terminar deshaciéndose de ellos, quizás lo mejor fuera darle unos vaqueros más viejos. Tiró al suelo los nuevos y sacó unos que tenían el trasero roto. No, teniendo en cuenta lo de la ropa interior, no era buena idea.

Los tiró al suelo también.

En pocos minutos, había sacado toda su colección de vaqueros.

—¿Va todo bien? —preguntó Tally—. No pretendo que sean de mi talla. Ya me los ataré con una cuerda o algo.

—Todo bien, todo bien —contestó J. D.

Se imaginó a Tally con sus vaqueros atados con una cuerda y se volvió a excitar sobremanera, lo que le recordó que más le valía encontrar la lista.

Mientras buscaba un cinturón o algo para ella, aprovechó para buscar también la maldita lista, pero no estaba por ninguna parte. Ni en la mesa, ni debajo de la cama ni sobre la almohada.

—J. D., si no tienes nada, podemos ir un momento al motel y ya está.

No, J. D. no quería ir al motel. ¿Y si una vez allí Tally o él, recobrarla la cordura? ¿Pero no era precisamente por eso por lo que estaba buscando la lista? ¿Para revisar los objetivos de su misión? ¿Para poder retomarla? ¿Para recuperar la cordura?

Sabía muy bien que en la lista no ponía nada de besarla hasta la extenuación, pero por otra parte, sí ponía que debía evitar que se convirtiera en una amargada.

—¿J. D.?

—No, no, tengo un montón de ropa.

Se recordó que debía ser un caballero, así que agarró los vaqueros nuevos y su cinturón más pequeño, al que de todos modos le iban a tener que hacer unos cuantos agujeros.

Le faltaba una camiseta. Abrió la cómoda y buscó. Tenía montones de camisetas, eso era cierto, porque Stan le regalaba una todas las Navidades.

No se había puesto casi ninguna porque buena gana de estrenar una camiseta para trabajar con los coches cuando ya tenía muchas con agujeros y grasa.

Sí, darle una camiseta nueva le iba a hacer quedar muy bien, porque así Tally pensaría, que siempre tenía una limpia y nueva por si iba alguien.

Pensándolo mejor, no era ésa la impresión que quería dar.

Mirándolas bien, se dio cuenta de que tal vez había otro motivo para no habérselas puesto. La primera era un recuerdo de un sitio llamado «*Pechitos*». Al suelo. La segunda tenía dibujado el cuerpo desnudo de una mujer hasta el cuello y la cabeza era la de la persona que se la ponía. Al suelo.

Las demás eran todavía peor. No creía que a Tally le fueran a hacer mucha gracia, así que las tiró también al suelo. Al final, encontró con gran alivio una camiseta blanca lisa al fondo de un cajón.

Claro, que pensándolo bien, como tendría el sujetador lleno de barro, no llevaría sujetador tampoco. Se le iban a transparentar los pezones. ¡Oh, no, eso sería de locos! La camiseta blanca fue a parar al suelo también.

Encontró una azul marino que sólo tenía el escudo de los bomberos de Dancer a la izquierda.

Abrió la puerta, le dio la ropa a toda velocidad a Tally y la cerró antes de que viera el desastre de su habitación.

Ahora, tenía que encontrar ropa para él. Bueno, eso no era tan difícil.

—¿Me dejas otra camiseta para Jed?

«*La blanca*», pensó J. D.

Abrió la puerta una rendija y se la dio. Desde luego, no parecía el mismo hombre que pocas noches antes había abierto la puerta con una toalla a la cintura. No debería haber abierto la puerta aquella noche.

Pero lo había hecho y a lo hecho, pecho. Le dio una patada al montón de camisetas y se tumbó en la cama. ¿Qué estaba haciendo?

Se estaba comportando como un adolescente que tiene que ir a la fiesta de graduación. Recordó aquella noche. Su padre y él intentando descifrar qué debía ponerse. Menos mal que una amable vecina había acudido en su ayuda y le había dejado el traje que su hijo se había puesto para la misma ocasión un par de años antes.

Lo malo era que ahora no tenía amable vecina. Se despreció a sí mismo por dejar que la elección de una camiseta fuera tan importante. ¡Lo importante era quitar el motor de la cocina!

«Da igual que sea el motor o la camiseta. Lo que estás intentando hacer es impresionar a Tally Smith», *le dijo una vocecilla dentro de su cabeza.*

Ojalá tuviera tiempo para pararse a reflexionar, pero oyó el agua correr y él también salió corriendo como si la vida le fuera en sacar el motor de la cocina.

Algo rebelde en él, sin embargo, le hizo ponerse la camiseta que ponía «*Pechitos*» para demostrarse a sí mismo y al mundo entero que no le importaba lo que Tally pensara de él.

En el último momento, le dio la vuelta para que Tally no creyera que había estado en aquel restaurante en el que todas las camareras tenían grandes pechos.

Se dejó los vaqueros sucios hasta después de ducharse. Oyó a Jed chapoteando encantado en la bañera y la deliciosa voz de Tally. Perdió unos segundos preciosos deleitándose escuchándolos, dejándose envolver por sus delicadas voces.

Cuando despertó del hechizo, corrió a la cocina. Mientras sacaba el motor, se dijo que hacerlo no era para impresionarla. Intentó dilucidar para qué era entonces, pero no se le ocurrió nada.

De todas formas, tenía otro problema mucho más acuciante que resolver. ¿Qué iba a hacer con el motor? No le daba tiempo de llevarlo al taller.

Abrió el armario que había bajo el fregadero y sacó el cubo de la basura. Metió el motor y cerró. La puerta no cerraba del todo y el cubo de la basura estaba en mitad de la cocina, pero la encimera estaba libre.

¿Lo que había oído era la puerta del baño? Lo invadió el pánico, abrió el horno y metió el cubo de basura dentro. La puerta del horno tampoco cerraba bien, pero apenas se notaba.

Estaba limpiando la grasa de la encimera con una espátula cuando Jed apareció en la cocina envuelto en su camiseta blanca y seguido por Beauford, que estaba más sucio que nunca.

J. D. oyó la bañera vaciándose y la ducha. Todavía tenía unos minutos. Obviamente, no suficientes para comprar una cocina de acero inoxidable, pero sí para ponerse otra camiseta.

No, se acabó.

Tenía unos minutos para estar con su hijo y eso era lo que iba a hacer.

—Hola, pequeño —le dijo sentándolo en la encimera.

—¿Bañamos a Beau? —preguntó el niño.

—Bueno, eh bañar a Beauford no es tarea fácil, ¿sabes?

Sobre todo, cuando uno quería impresionar a una mujer teniendo la cocina limpia, pues el único lugar de la casa en el que se podía bañar al perro era en el fregadero.

—Por favor —insistió Jed.

¡Qué diablos! Al fin y al cabo, estaba en su casa y era soltero, ¿no? Eso quería decir que Beauford iba directo al fregadero. Su hijo quería bañar al perro. ¿Cómo negarse a eso?

—Beau, guapo, ven para acá.

El perro se acercó a su amo sin darse cuenta de lo que se avecinaba.

—Ven —dijo J. D. tomándolo en brazos—. Ya verás, va a ser un momento, ¿eh? —añadió llenando el fregadero de agua caliente.

Pero el perro no intentó zafarse como otras veces, no lloró ni ladró. Estaba tan emocionado con Jed que no debía de estar bien de la cabeza.

J. D. pensó que no era el único. Él tampoco estaba comportándose como de costumbre. ¿Qué miembro del CDNINMPC escondía un motor o se preocupaba por la camiseta?

De repente, el club se le antojó una tontería juvenil inventada por dos solteros que se encontraban solos y no querían admitirlo.

Cuando Tally entró en la cocina, se encontró a J. D. agarrando a Beau del collar mientras Jed lo enjabonaba.

No llevaba sujetador. Se notaba a pesar de que la camiseta era azul. Estaba preciosa. Debería haber estado ridícula con esos pantalones tan grandes, pero no era así.

Llevaba el pelo recogido en una toalla y tenía las mejillas sonrosadas. Se había hecho un nudo en la camiseta sobre el ombligo y otro en el cinturón. Además, se había remangado los vaqueros hasta la rodilla e iba descalza.

Parecía sacada de *La Casa de la pradera* y a J. D. se le ocurrió que estaba perfecta para un revolcón sobre el heno, sobre un prado de margaritas o sobre su cama.

Aquello era una traición al CDNINMPC, pero al diablo con el maldito club.

Estaba relajada y feliz. Tan relajada y feliz que se acercó al fregadero y comenzó a acariciar a Beauford. ¡De repente le gustaba su perro!

Aquello fue la gota que colmó el vaso. J. D. decidió dejar el CDNINMPC y dejar de buscar también la maldita lista.

«Se va a casar con otro», *se recordó*. «Sí, ya lo veremos».

Se quedó de piedra. Por encima de las risas de Jed y de Tally sólo oía su corazón y parecía que deletreaba su nombre.

Sólo había sentido algo así una vez. Por Elana. Y había sido diferente. Con ella, la emoción había estado siempre basada en cosas externas. Salir a discotecas, comer fuera, ir a carreras de coches, hacer el amor

Con Tally era diferente. Le bastaba estar con ella en casa para sentirse dichoso. Era algo auténtico que le brotaba del corazón.

Se estaba enamorando de Tally Smith.

Se dio cuenta de que ella lo estaba mirando y se dio la vuelta hacia el horno. ¿Le hablaría aquella noche de esos sentimientos?

No lo sabía.

Prefería pensar en la cena. Decidió hacer carne y patatas al horno. Había ensalada y helado de postre

—J. D., está saliendo humo del horno.

Aquello lo hizo salir de su ensoñación. ¡El cubo de basura! Se apresuró a abrir el horno. Al instante, quedaron todos envueltos en una nube de humo negro y saltó la alarma de incendios.

Beauford saltó del fregadero y fue hacia la puerta dejando un reguero de burbujas a su paso. Un cuarto de hora después, tras haberle pasado la manguera tanto al perro como al cubo de basura, se sentaron los tres en el jardín de atrás y vieron la puesta de sol.

Tally estaba sentada en el césped con Beauford envuelto en una manta en su regazo. Había entrado en la casa, a pesar del humo, a buscarlo. No estaba fingiendo. ¡De verdad le gustaba su perro!

—Bueno ya está bien —dijo de repente—. Quiero saber qué hacía el cubo de basura en el horno, qué hace un motor bajo el fregadero y por qué llevas esa horrible camiseta dada la vuelta.

J. D. se quedó de piedra por segunda vez en menos de una hora. Se le ocurrieron mil cosas, pero no dijo nada. Se miró los pies.

—Me voy a ir a duchar.

—Primero contesta.

J. D. la miró. ¿Lo quería saber? Muy bien.

—Parece ser, Tally Smith, que estoy haciendo el tonto para impresionarte y lo peor es que a juzgar por el humo que todavía sale de la cocina, que no lo estoy consiguiendo.

—Lo peor, John David Turner, es que ya me habías impresionado hace mucho sin proponértelo —dijo ella acercándose y apoyándose en él.

J. D. la miró. Tally lo miró. Se quedaron mirándose.

—Voy a ducharme —anunció J. D. carraspeando.

—Muy bien —contestó ella—. Aquí te espero.

«Eso es lo que me da miedo», pensó él.

Una vez a solas, Tally se puso a dar brincos por el jardín.

—Me quiere impresionar —le dijo a su sobrino entre risas—. Le gusto.

Con Herbert, nunca le había pasado nada igual. Hacían cosas, como salir a cenar e ir al teatro, pero no sentían cosas.

Estaba feliz con un perro maloliente y mojado, humo saliendo por la ventana y los restos del cubo de basura carbonizado junto a ella.

La ventana del baño estaba abierta y oía a J. D. cantando.

Qué mal cantaba, pero le encantaba oírlo, así que Jed, el perro y ella se pusieron a bailar al compás de: «*Annabel era una vaca muy guapaaaaaa* ».

Se dejó caer al suelo muerta de risa mientras Jed y Beauford continuaban celebrando la magia que parecía flotar en el aire.

Sentía como si el mundo hubiera cambiado, como si ante ella se abrieron cien mil posibilidades. Nunca había sentido nada parecido.

Cerró las puertas del jardín y les dijo a Jed y a Beauford que no salieran. El perro

la miró muy serio, como diciéndole: «*Lo he entendido. Yo cuido de Jed*».

Entró en la cocina. ¡Olía fatal! Pero J. D. había sacado la carne y Tally encontró unas velas, así que las puso en unos platos por toda la cocina.

Volvió a salir al jardín, arrancó unas cuantas flores y las puso en un jarra.

J. D. apareció justo cuando estaba encendiendo las velas.

—Guau. ¿Qué celebramos?

Tally podría haber dicho muchas cosas. Que estoy despertando a la vida, que me quiero comer el mundo, que los milagros existen, pero se encogió de hombros porque no había palabras suficientes para expresar cómo se sentía.

Pusieron la barbacoa y se turnaron para darle vueltas a la carne y para correr tras Jed y Beauford.

Se miraban como tontos, se sonreían sin venir a cuento y sus manos se rozaban más a menudo de lo normal.

«Me estoy enamorando por momentos y no puedo parar», *pensó Tally*.

Jed se quedó dormido antes de que la cena estuviera lista, así que J. D. lo llevó a la habitación de invitados y lo arropó bien. Beauford se subió a la cama, suspiró y apoyó la cabeza entre las patas.

Tally y J. D. cenaron y se contaron anécdotas del colegio hasta que les dolió la cara de tanto reírse.

—Yo friego —dijo Tally al terminar de cenar.

—¿Para qué? Mejor, metemos todo en el horno y ya lo fregaré la semana que viene. El fregadero va a haber que desinfectarlo, así que

—¿No lo dirás porque Beauford tiene gérmenes?

J. D. se rió a gusto. A Tally le gustaba hacerlo reír.

—¿Sabes bailar, Tally Smith?

—No, nunca me ha gustado —confesó—. Siempre me ha dado vergüenza.

—No te puedes ir de Dancer sin bailar.

Irse de Dancer. Tally no quería ni pensarlo. Por una vez en su patética vida, se quería dejar llevar por el corazón y no por la cabeza.

Fueron al salón, donde J. D. puso las velas de la cocina y encendió la cadena de música.

—Jamás me habría imaginado que ibas a tener este tipo de música —comentó Tally al oír una delicada voz femenina.

J. D. abrió los brazos y ella se perdió en ellos.

Al instante, se sintió como en casa, como si perteneciera allí.

—No se lo digas a Stan —susurró J. D.—. Él cree que solo tengo música country y rock and roll.

—No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo.

—No sé por qué, pero presiento que todos mis secretos estarían a salvo contigo —añadió J. D. rozándole el pelo con los labios.

Las palabras sobraban, así que se dejaron llevar por la música. Tally se deleitó en sus cuerpos pegados, en su mano en la espalda. Aquello no estaba bien. Estaba prometida a otro hombre. Aquello no podía estar bien. Pero lo estaba.

Las estrellas se apoderaron del cielo y J. D. cambió la música. Aquella vez, era una flauta solitaria que él acompañó con su voz.

Cantó la historia de un guerrero solitario que la noche antes de la batalla, pensaba en los verdes prados de su casa y en los ojos verdes de su amada.

—Como se muera, voy a llorar —le advirtió Tally.

Y por supuesto, el guerrero murió Y Tally lloró. J. D. le secó las lágrimas con el dedo.

—Mis canciones siempre hacen llorar —bromeó.

—¿Quién te la ha enseñado?

—Mi madre. La cantaba de vez en cuando como si se le estuviera partiendo el corazón —contestó hablándole de su madre.

Tally se dio cuenta de que le acababa de hacer un precioso regalo confiando en ella y sintió como si el ambiente de la estancia hubiera cambiado, como si estuvieran metidos en un abrazo gigante, como si fueran dos personas destinadas a estar juntas.

Tras un largo rato, J. D. la besó.

—Me da miedo lo que viene luego, Tally Smith —confesó.

—¿Qué viene luego? —preguntó ella con voz ronca.

J. D. la volvió a besar. No fue un beso como los demás. Las barreras ya no existían entre ellos, sus almas se habían unido y nada podía pararlos.

Fue un beso tierno, exquisito y maravilloso.

Se sentaron en el sofá y se abrazaron con fuerza.

—¡Dios, dame fuerza para ser el hombre que tengo que ser! —murmuró J. D.

Tally lo besó en la boca, pero él le puso un dedo en los labios.

—Basta por hoy. Sólo quiero abrazarte.

Tally se acurrucó contra él y se dio cuenta de que jamás se había sentido tan bien, tan en paz, tan conectada con otra persona.

Y se quedó dormida.

Se despertó por la mañana. Sola. Sintió miedo.

Oyó risas en la cocina y volvió a sentirse segura. Se acercó y los vio desayunando un polo cada uno.

Jed y J. D. la miraron con ojos de culpabilidad.

—No es un gran desayuno, pero

—No importa —dijo ella—. ¿Qué habéis dejado?

—Lima y cereza. Beau se ha tomado el azul.

—Lima, no —contestó aceptando el de cereza.

Estaba en casa de otra persona, con una ropa que no era suya, el pelo revuelto y desayunando un polo y jamás se había sentido mejor.

—Voy a meter la ropa en la secadora —anunció—. Anoche, me distraje y se me olvidó sacarla de la lavadora.

—¿Ah, sí? —preguntó él con fingida inocencia.

Tally fue a la habitación donde J. D. tenía la lavadora y la secadora y sacó su ropa y la de Jed. Destrozada. No iba a volver a ser nunca la misma.

Pensó en tirarla a la basura.

«¿Y si la guardo de recuerdo?», se preguntó.

¿Tal vez, para cuando volvieran a ir a la piscina de barro?

Tras meter su ropa en la secadora, se dio cuenta de que la de J. D. estaba en el suelo. La recogió y cerró los ojos un momento para imaginarse que aquella era su vida.

Su marido y su hijo desayunando en la cocina y ella disfrutando de sus risas, con una casa llena de amor y de felicidad.

«Una tontería», se dijo abriendo los ojos.

Por costumbre, le vació los bolsillos de los pantalones antes de meterlos en la lavadora. Tres dólares, una galleta de perro y una goma. También una hoja de papel destrozada por el barro.

¿Sería importante o sería para tirar?

Leyó la lista que J. D. Turner había hecho sobre lo que una mujer debía saber y frunció el ceño. Se habría reído si no le hubiera resultado insultante.

Estaba claro lo que J. D. pensaba de ella. La tenía por una superficial para la que lo más importante en la vida eran las cocinas de acero inoxidable, por una estirada que no sabía educar a un niño y por una mujer que dejada a su libre albedrío, acabaría siendo una amargada.

Nada de lo que había sucedido entre ellos había sido espontáneo. Todo había formado parte de un plan de J. D. para convertirla en alguien más aceptable para él, más adecuada para criar a su hijo.

Había cometido un gran error. Había confiado en él. Se había dejado llevar. Toda su vida pensando que la confianza y el descontrol sólo conducían al desastre y era cierto.

Si quería conservar algo de dignidad, más le valía irse ahora mismo.

## Capítulo 10

En cuanto la vio, J. D. supo que algo iba mal. Tally estaba intentando sonreír, pero no lo conseguía.

—Me he dado cuenta de que Jed y tú tenéis que estar a solas para que le puedas contar la verdad —anunció.

—Eso lo hago en diez segundos —contestó J. D. arrodillándose frente a su hijo—. Jed, te tengo que decir una cosa muy importante. Soy tu padre. No he sabido de tu existencia durante mucho tiempo, pero ahora que lo sé soy el hombre más feliz del mundo.

—¡Papá! —exclamó el niño abrazándolo—. Siempre he querido tener un papá.

J. D. se sintió tan feliz que le dieron ganas de sacar otra ronda de polos para celebrar aquel momento. Lo habría hecho si no hubiera sido por la cara de Tally.

—Aun así, me voy a ir. Quiero estar sola —insistió.

—¿Qué ha pasado? —preguntó J. D. yendo hacia ella.

Le puso la mano en el hombro, pero Tally se apartó.

—Nada —contestó—. Estoy confusa. Me voy a casar con otro hombre.

Pero J. D. sabía que no era eso, que era algo más profundo.

—De eso nada. No te vas a casar con él.

—¡Claro que sí! —se rebeló Tally.

—Te voy a decir una cosa y siento mucho que te duela, pero es la verdad. Herbert no quiere casarse contigo ni ahora ni nunca.

Tally echó los hombros hacia atrás como si la hubiera abofeteado.

—Estoy seguro de que no es por nada personal, pero no le vas.

—¿Y tú qué sabrás? —dijo ella con sarcasmo.

—Venga, Tally te he visto jugando en el barro. Además —confesó—, he hablado con él.

—¿Has hablado con Herbert? ¿Cuándo?

Al percibir el pánico en su voz, J. D. se dio cuenta de que tal vez, estaba cometiendo un error táctico al hablarle de Herbert.

—La otra noche. Como me dijiste que ibais a poner fecha para la boda, lo llamé para hablar, porque bueno, iba a ser importante en la vida de mi hijo en breve y me dijo que no, que no habíais puesto fecha.

—Yo no te dije que lo hubiéramos hecho, sino que lo íbamos a hacer. ¿Y lo llamaste para hablar de mí?

—Sólo le pregunté por la boda. Nada más. No me dio la impresión, la verdad, de que estuviera muy emocionado con la idea, ¿sabes? Y el hombre que se case contigo debe estarlo —dijo sintiendo que el corazón se le aceleraba ante la perspectiva de ser él el afortunado.

—El hecho de que Herbert no demuestre su emoción como tú no quiere decir que no esté emocionado. No todos somos neanderthales.

Si hubiera sido un neandenthal, la habría tomado por el pelo y se la habría llevado a su guarida, pero el dolor que vio en sus ojos le hizo comprender que tenía que ser prudente, lo que no se le daba bien en absoluto.

—Tally no seas boba.

—Me voy a casar con él —le aseguró con ferocidad— y no me voy a volver una amargada por ello. Todo lo contrario, voy a ser feliz. Muy feliz, en realidad, con mi cocina de acero, mis reglas y mis gérmenes. Voy a tener una vida feliz sin sorpresas desagradables.

J. D. sintió como si le arrancaran el corazón. Había ocurrido lo peor que podía ocurrir. El enemigo había encontrado el plan de ataque.

Ya no le parecía el enemigo y la batalla le parecía sin sentido.

—¡Has encontrado la lista! —exclamó—. ¿Dónde estaba? Ayer estuve todo el día buscándola.

En lugar de eso, tendría que haber confesado que se estaba muriendo de dolor, pero no lo hizo y pagó las consecuencias.

Al ver el dolor reflejado en el rostro de Tally se dio cuenta de que había cometido otro error táctico.

—Estaba en tus vaqueros —le dijo—. ¿Para qué la querías? ¿Para ver en qué había mejorado? ¿Para evaluarme?

—Tally no es eso.

¿La tenía en los vaqueros? ¡Vaya, ya la podría haber encontrado! Se habría librado de una buena. Si la hubiera encontrado, se habría librado de enamorarse de ella. ¿Cómo? ¡No! Aquello había sido lo mejor.

—Tally lo que siento por ti es de verdad —le aseguró.

—¿Lo que sientes por mí? ¿Qué parte de mí? Has querido convertirme desde el principio en alguien que yo no era. Me querías libre y salvaje. Seguro que te dijiste que era por el bien de Jed, ¿verdad?

—Sí, pero

—¿Te lo has pasado bien jugando conmigo? Ha debido de ser divertido verme hacer exactamente lo que tú querías, ¿eh? Te has debido de reír de lo lindo viéndome dejar de ser yo misma para convertirme en la mujer que tú querías.

—No te has convertido en la mujer que yo quería. Simplemente, te has convertido en ti misma, en tu yo de verdad.

—¡Eso demuestra que no tienes ni idea de cómo soy yo en realidad ni de cómo somos las mujeres! ¿Y te atreves a hacer una lista con lo que una mujer debe saber? ¿Quién te has creído que eres, grandísimo canalla?

J. D. se dio cuenta de que lo acababa de insultar delante de Jed. Tendría que haberlo complacido, pero no fue así.

—Tally deja que te explique.

—Por supuesto. El día de mi boda, tendrás treinta segundos.

—Casarte para fastidiarme es igual de malo que casarte por el bien de Jed.

—¡No me caso para fastidiarte, arrogante! Me voy a casar con Herbert porque me hace sentir segura, respetada y admirada y porque él no tiene una lista con las cosas que quiere cambiar en mí.

—A él le gustarías aunque te gustara el fútbol —comentó J. D. en lugar de tener la boca cerrada.

—Jed, ven aquí —dijo Tally mirando a J. D. con frialdad.

El niño se echó a su cuello y sobre su cabeza, J. D. vio que a Tally se le escapaban las lágrimas de los ojos.

—Te vas a quedar aquí, con tu padre y con Beau, ¿de acuerdo?

Jed le limpió las lágrimas y asintió.

—Muy bien, cariño —dijo Tally dejándolo en el suelo e intentando sonreír.

—¿Vas a estar en el motel? —preguntó J. D.

—No, me vuelvo a casa. Vendré a buscar al niño en un par de semanas —contestó Tally—. O lo puedes llevar tú, como quieras.

J. D. se preguntó si a partir de entonces, su vida iba a ser semejante pesadilla, verla treinta segundos cuando dejara al niño o lo fuera a buscar.

Por otra parte, tal vez no estuviera todo perdido. Le había dicho que no confiaba en él, pero no era cierto. Le estaba confiando lo que más quería en el mundo: Jed.

J. D. decidió que no era para tanto. Sólo tenía otra misión y tenía que confeccionar otro plan.

Mientras la veía alejarse, se dio cuenta de que aquella nueva misión en la que se iba a embarcar le iba a cambiar la vida.

No podía cometer errores. Ni uno.

Miró a Jed y a Beau.

—Muy bien chicos, éste es el plan —les dijo.

Tally se tumbó en el sofá con un paño mojado sobre los ojos. Estaba agotada. Había cerrado las cortinas y había encendido la televisión para que le hiciera compañía.

Su casa estaba tan vacía

Llevaba tres días llorando sin parar. Tenía el suelo cubierto de pañuelos de papel y los ojos hinchados.

El teléfono sonó, pero no contestó. Era Kailey.

—Tally por favor, contesta —le pidió su hermana—. Seguro que puedo hacer algo. Por favor, por favor, por favor, contesta.

Tally agarró el auricular.

—¿Qué? —dijo con voz ronca.

—¿Qué haces? —le preguntó Kailey.

—Me estoy preparando para presentarme a Miss Canadá, ¿y tú?

—No, en serio.

—Estoy llorando, Kailey igual que ayer y que anteayer. Creo que voy a llorar una

semana más o incluso un mes

—Tú no eres así —musitó su hermana.

—Kailey ya no me voy a casar con Herbert y el hombre más guapo e irritante del mundo se ha reído de mí. Creo que tengo razones para llorar.

—Sí, pero antes nunca llorabas —le recordó Kailey—. Cuando Elana estaba mal, tú aguantabas todo.

—Tal vez, no debí hacerlo. Creo que estoy recuperando el tiempo.

«Descubriendo que soy humana, como todos», *pensó*.

—Me alegro de que no te vayas a casar con Herbert —apuntó Kailey tras un silencio—. Me cae bien, ¿sabes?, pero no me gusta para ti. ¿Cómo se lo ha tomado?

—No creo que esté tumbado en el sofá llorando, la verdad —contestó Tally.

Recordó la voz de Herbert. Alivio era lo que había sentido, sí. Alivio. Lo que empeoraba las cosas, porque eso quería decir que J. D. también tenía razón en eso.

—Tú tampoco estás llorando por él —apuntó Kailey—. Lloras porque te has enamorado perdidamente de J. D. Turner y te entiendo.

Tally suspiró e intentó cambiar de tema. Sabía de sobra por quién lloraba.

—Bueno, te dejo, que tengo que acabar esta noche con tres o cuatro cajas de pañuelos —anunció intentando poner una nota de humor a la conversación.

—¿Quieres que te lleve una pizza para cenar? No tienes ni que hablar conmigo. Llamaré a la puerta y te la dejaré en el suelo.

Pizza. Sí, sonaba bien. Decidió tomársela antes de los cinco litros de helado que tenía en el congelador con una cucharada clavada en el medio.

Una hora después, sonó el timbre y Tally se levantó a abrir. Llevaba tres días en pijama con el pelo alborotado y no quería que nadie, ni su hermana, la viera así.

Miró por la mirilla. No había nadie en el pasillo.

Salió, recogió la pizza y se dio cuenta de que tenía un sobre encima. Ponía *Tally Smith* con letra masculina.

¡No podía ser!

Se metió en casa, dejó la pizza en la mesa de la cocina y tras darle varias vueltas, abrió el sobre.

Sólo había una hoja de papel. Arriba ponía: *Lo que debe saber un hombre*.

Tally leyó:

Uno. Un hombre debe saber que uno no se casa para tener motores en la encimera de la cocina, sino por noches de pasión sin fin.

Había una fotografía de Jed, adorable, sobre una caja enorme. Tras comerse la pizza y casi todo el helado, la volvió a mirar y se dio cuenta de que era de Airbeam.

¿Se creía que le iba a comprar su perdón poniendo la cocina de acero inoxidable? No iba a ser así, pero lo cierto era que saber que J. D. la seguía deseando le levantó la moral, así que se duchó y se cambió de ropa.

Se metió en la cama e intentó leer, pero no pudo.

Acabó llamando a su hermana, que por supuesto, no contestó pues estaba claro que estaba compinchada con J. D. Turner.

Tally colgó sonriendo.

A la mañana siguiente, llamaron al timbre. Intentó no ir a abrir, pero no pudo resistirlo. El pasillo estaba vacío, pero cuando abrió se encontró con una docena de rosas rojas sobre el felpudo.

También había un sobre.

No se molestó ni en poner las flores en agua. Se apresuró a abrirlo.

Dos. Un hombre debe saber que hay cosas que les gustan a las mujeres, como las flores y que hay que regalar aunque para él no tenga sentido.

Una hora después, volvieron a llamar a la puerta. No había nadie. Sólo montones de ramos de rosas y una nota que decía: *Muchas flores*.

Siguieron llegando flores durante todo el día. Al final, terminó con todos los jarrones ocupados y la casa oliendo de maravilla.

Se dio cuenta de que J. D. la estaba cortejando como en las mejores series de televisión. ¡Su vida no había hecho más que comenzar!

Se lavó el pelo y salió a dar un paseo. Aquella noche cenó ensalada, nada de helado.

Al día siguiente, estuvo pendiente de la puerta desde muy temprano, pero llamaron justo cuando estaba en el baño maquillándose.

Abrió la puerta corriendo y se encontró con una caja de mediano tamaño. Había otro sobre encima. Lo abrió y sonrió.

Tres. Los besos de perro no sustituyen a los de verdad ni éstos tampoco, pero están buenos.

Tally abrió la caja, que estaba llena de bombones de chocolate con forma de bocas. Se metió uno en la boca y lo saboreó. Estaba buenísimo, pero J. D. tenía razón. Nada que ver con un beso de verdad.

Metió la caja en casa y la dejó en el suelo porque todas las mesas estaban cubiertas de jarrones con flores.

Salió a dar un paseo. El césped le pareció más verde que nunca, el cielo más azul, todo el mundo sonreía y la vida era estupenda.

Tenía la certeza de que lo iba a ver aquel día, pero no fue así. Se fue a dormir desesperada por verlo y soñó con sus labios.

La despertó el timbre. Miró el reloj. Medianoche. ¿Cómo habría podido entrar a esas horas? Abrió la puerta y se encontró con otra caja y otro sobre.

Cuatro. A las mujeres les gusta tanto como a los hombres hacer guarradas de vez en cuando.

Eso era lo que ponía la nota. Abrió la caja y se encontró con un conjunto de lo más picante. Se lo puso y se miró en el espejo.

Se sonrojó y se lo quitó, pero lo guardó bajo la almohada para poder tocarlo. No durmió en toda la noche.

A las siete de la mañana, volvió a sonar el timbre. Corrió todo lo que pudo, pero llegó tarde. El pasillo estaba vacío.

Aquella vez no había ni caja ni flores. Sólo el sobre.

Cinco. La vida tiene que tener sorpresas, como las lunas de miel.

En ese momento, se le cayeron dos entradas para la Super Bowl. Tally se sentó en el suelo del apartamento y se quedó mirándolas. ¿Lunas de miel? Pero eso era después de casarse y J. D. no le había pedido que se casara con él

Volvieron a llamar al timbre. Otra caja, enorme y otra nota. Corrió escaleras abajo para ver quién la había llevado, pero no vio a nadie.

Seis. Los hombres que se quedan solteros porque creen que así son más libres terminan siendo unos amargados y unos deprimidos que nunca se ríen.

Añadía que el punto número uno y el seis tenían conexión. Tally se dio cuenta de que aquello se parecía cada vez más a una propuesta de matrimonio.

La caja estaba llena de naranjas amargas. Mientras la llevaba a la cocina, volvieron a llamar a la puerta.

Corrió a abrir y se encontró con Beauford con un gran lazo rojo en el cuello y un sobre en la boca. Si Beau estaba allí, J. D. no podía andar muy lejos. Sintió que se le aceleraba el corazón.

Abrazó al perro y lo besó en el hocico. El can, agradecido, le lamió la cara entera y Tally encantada, lo invitó a pasar.

En el sobre no ponía su nombre y al abrirlo, no encontró nada dentro. Sólo pedazos de papel. Los pegó y vio que era el certificado de pertenencia al *Club Del No Insistas, No Me Pienso Casar*, de Dancer.

Abrió la puerta.

—J. D. Turner, sé que estás ahí —gritó—. Estoy completamente enamorada de ti. Nunca dejaré de quererte. Ven aquí ahora mismo.

Aquello era una locura. Tally Smith jamás habría expresado sus sentimientos a voz en grito, pero el amor la había cambiado.

—Ya creía que no me lo ibas a pedir —dijo J. D. abriendo la puerta de enfrente.

—Socios —rió Jed corriendo hacia ella.

—Gracias por su ayuda, señora D —se despidió J. D. de la señora del chándal rosa.

Tally abrazó a Jed y se dio cuenta de lo mucho que lo había echado de menos. Igual que al hombre que lo acompañaba. Miró a J. D., que la miraba con dulzura.

—No es policía —le dijo a su vecina.

—Ya lo sé —contestó la mujer—. J. D. y yo nos hemos hecho muy amigos, ¿verdad?

—Verdad —contestó él—. Me ha ayudado usted a conseguir que venza el amor.

La vecina de Tally se sonrojó, sonrió y cerró la puerta.

Tally no podía dejar de mirar a J. D. y se dio cuenta, encantada, de que a él le pasaba lo mismo. Se acercó, le acarició la mejilla y suspiró. Apoyó la frente en la de

Tally y le tocó el hombro a su hijo. No hizo falta que dijera nada. Tally sabía lo que sentía por ella y ella sabía lo que sentía por él.

Se sentía como la mujer más afortunada del mundo, como la mujer que había estado a punto de tirarlo todo por la borda si no hubiera sido por la fuerza que mueve el mundo: El amor.

Cuando J. D. los abrazó a ambos, sintió el latido de su corazón y supo que eran la familia que siempre había querido tener.

—Cásate conmigo —dijo él.

—Sí —contestó ella.

J. D. la besó, entraron en casa, cerraron la puerta y abrieron otra a su nueva vida juntos.

Fin



CARA COLTER (Calgary, Alberta, EE. UU.) Ahora vive en una pequeña finca en la Columbia Británica. Ella comparte su vida con ocho caballos, un gato y su héroe, Rob. Ellos tienen tres hijos y un nieto.

Licenciada en periodismo, Cara ha estado haciendo su vida con las palabras de toda su vida adulta. Antes de encontrar su hogar en la novela escribió materiales didácticos, artículos de periódicos, artículos de revistas e incluso los sermones.